

65.^a REUNION. CONTINUACION DE LA 6.^a SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

Diputados presentes: Agote, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Anchorena, Arias, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Beltrán, Bouquet, Bréard, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Cernadas, Conforti, Cordero, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheverry, Ferrer, Fonrouge, Fraga, Galigniana Segura, García, García González, García Vieyra, Goenaga, González Bonorino, Guasch Leguizamón, Guayana, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lassaga, Lavié, Lezica, López (P. C.), López Mañán, Loza, Lubary, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Meyer Pellegrini, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moreno, Moyano (F. J.), Moyano (R.), Mugica, Oliver, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Olmedo, Padilla (E. E.), Parera (F. M.), Parera (R. A.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pera, Pérez Virasoro, Pinedo, Revilla, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Sosa Carreras, Varela, Vega, de la Vega, Vernazza, Vocos Giménez, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candiotti, Gómez, Gonnet, López (M. E.), Ortiz.—**Con aviso:** Acosta, Bonifacio, Carranza, Correa, Etcheopar, Frías, Maza, Padilla (M. M.), Paz (M.), Saavedra Lamas, Tenreiro.—**Sin aviso:** Alsina, Bejarano, Calderón, Freire, Garrido, Leiva, Pinaseo, Rivas, Santamarina, Serrey, Terán, Vergara.

SUMARIO N.º 65

1

Mensaje del Poder ejecutivo: inclusión en la prórroga de un proyecto de ley abriendo un crédito al ministerio de justicia é instrucción pública por 450.000 pesos, para el pago de expropiaciones autorizadas por la ley número 6314.

2

Despacho de las comisiones.

3

Diversas peticiones particulares.

4

Moción de preferencia para dos proyectos de ley sobre créditos suplementarios al ministerio del interior.

5

Moción, aprobada, para tratar en la sesión próxima un proyecto de ley relativo al enrolamiento de jefes y oficiales extranjeros.

6

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un crédito al ministerio del interior por 242.452 pesos, para gastos de la dirección de correos y telégrafos.

7

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un crédito al ministerio del interior por 213.000 pesos, para gastos de la dirección general de correos y telégrafos.

8

Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de reforma de la ley electoral.

les se les acuerda una partida mensual de 30 pesos m/n, para transporte de correspondencia durante siete meses del año, ó sea.....	\$ 31.500.—
Para las obras de la casa de correos de La Plata.....	> 16.000.—
Total.....	\$ 213.000.—

Art. 2.º Comuníquese al Poder ejecutivo.

Dado en la sala de sesiones del Senado argentino, en Buenos Aires, á 20 de julio de 1911.

V. DE LA PLAZA.
Adolfo J. Lavougle.
Secretario.

Buenos Aires, junio 9 de 1911.

Al honorable Congreso de la Nación.

El Poder ejecutivo tiene el honor de dirigirse á vuestra honorabilidad acompañando un proyecto de ley por el cual se abre un crédito suplementario al departamento del interior por la cantidad de (\$ 213.000 m/n) doscientos trece mil pesos moneda nacional, con destino á reforzar varios ítems de gastos del presupuesto de la dirección general de correos y telégrafos y efectuar diversas obras en la casa de correos de La Plata.

En los antecedentes que se adjunta hallará vuestra honorabilidad las razones de este pedido, y son esas mismas las que invoca el Poder ejecutivo para solicitar de vuestra honorabilidad quiera prestar preferente atención al proyecto en cuestión.

Dios guarde á vuestra honorabilidad.

ROQUE SÁENZ PEÑA.
José M. Rosa.

Sr. Presidente—En discusión.

Sr. Guevara—Pido la palabra.

El proyecto en discusión sólo contiene una modificación de forma á la sanción de la Cámara de diputados. El honorable Senado ha salvado una omisión de esta cámara, relativa á la imputación del gasto.

En eso consiste la modificación.

—Se aprueba en general y en particular el proyecto en discusión.

8 LEY ELECTORAL

Sr. Presidente—Continúa la orden del día.

Sr. Ministro del interior—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor ministro.

Sr. Ministro del interior—Está en la naturaleza humana y en las condiciones de la vida pública en el estado actual de la moral política, aquí y en otras partes, que las costumbres electorales sean sumamente corruptibles, las más corruptibles de todas. Las leyes dictadas para mejorarlas surten de inmediato el efecto deseado, pero la corrupción infringe pronto las normas legales y no tarda en prevalecer con tanta mayor rapidez cuanto más frágiles y más inadecuados han sido los medios empleados contra ella.

Los pueblos más civilizados de la tierra que practican el sufragio, sea universal sea restringido, no escapan á esta funesta vicisitud.

El sistema que llamaremos de lista completa respondió en su hora á las aspiraciones de los demócratas de diversos países, como también el voto uninominal por distrito y el voto uninominal por circunscripción, para usar nuestro vocabulario peculiar. del mismo modo que el voto acumulativo. Todos ellos fueron por un momento instrumentos útiles para la reforma de las costumbres electorales, pero, pervertidos en seguida, muy pronto se convirtieron en instrumentos de opresión y de conculcamiento de los derechos de la democracia, demostrando la triste precariedad de las reformas electorales, á la vez que sus propios defectos intrínsecos, su insuficiencia como medios de mejorar por sí solas las costumbres políticas.

De ambas lecciones debemos aprovechar.

De la primera, para no hacernos la ilusión de creer que la ley que sancionaremos curará para siempre nuestros males; de la segunda, para no caer en la tentación de ensayar sistemas que la

experiencia de otros pueblos ha condeñado como intrínsecamente frágiles.

El ánimo con que debemos entonces proceder, señores, no es el de llegar al bien deseado en un solo acto, sino dar un paso que nos aproxime á él consultando cuidadosamente las posibilidades legales y políticas de la actualidad.

El mundo marcha hacia la representación de las minorías en una proporción aproximada á sus fuerzas reales, demostradas en los comicios. Desgraciadamente no podemos tomar un puesto avanzado en esta marcha; pero nuestra carta fundamental no nos impide seguirla de cerca.

A este efecto sirve la lista incompleta mejor que cualquiera de los otros sistemas compatibles con nuestra Constitución. Por eso el Poder ejecutivo le ha dado preferencia sobre otros sistemas, por eso os la ha propuesto.

Incumbeme defenderla. Incumbeme explicarla. Y al cumplir esta grave tarea, séame permitido esperar que, no obstante lo mucho que se ha dicho por hacer aparecer ciertas palabras más como agravios intencionales, la cámara me ha de conservar todavía su benevolencia y ha de creer que si mi entereza no me permite el arte de lisonjear, mi urbanidad no olvida el deber de no ofender!

Del debate de los días pasados resulta claramente que la opinión de la gran mayoría de la cámara está formada en contra del régimen actual. Sumados los partidarios de la lista incompleta con los partidarios de las circunscripciones, parece que puede decirse que las cinco sextas partes de la cámara están por uno ú otro de esos sistemas, y es lógico suponer que son otros tantos votos por la abolición del sistema. Evidentemente, ha llegado el momento de su abolición. Está virtualmente abolida. No haré pues contra él nuevos argumentos. Hacerlo sería como dar á moro muerto gran lanzada. Lo que corresponde es separarlo del debate y arrojarlo lejos para que no estorbe.

Queda entonces la cuestión entre los partidarios de las circunscripciones y el gobierno que desea la lista incompleta. Ruego á mis aliados de ayer contra lo que ya está veniendo, que tengan paciencia al escucharme. Un ligero desfalleci-

miento de fuerzas ha quitado á mi espíritu la energía necesaria para correr rápidamente á todos los rumbos del pensamiento. Quizá andaré lento y confuso. Suplan pues con su ingenio lo que por el momento no pueda darles la claridad de mi inteligencia.

¿Por qué el Poder ejecutivo, al elegir su sistema ha olvidado que eminentes defensores opinaron por la circunscripción y que este sistema tiene ya en su favor un ensayo hecho en el país? Antes de responder á esta pregunta que los partidarios de la circunscripción desean sin duda ver contestada, diré porque aún en el supuesto de no tener objeción alguna que hacer á la opinión ó modo de ver de nuestros grandes predecesores, todavía el Poder ejecutivo estaría en contra de ese sistema.

Aparto la cuestión constitucional no porque la considere resuelta á favor de la circunscripción; lejos de eso, sino porque no me interesa resolverla. Constitucional ó no, ese sistema es intrínsecamente malo. Lo es porque reagrava y hace más agudos los vicios de la lista completa.

El sistema de las circunscripciones tiene defectos gravísimos. En efecto: una minoría excluye otras minorías que, en conjunto, le son superiores en número; y da á la primera, por la regla de la simple pluralidad, la representación total.

La profunda injusticia de este resultado ha sido expresada por esta fórmula: 50 más 1 igual á 100; 50 menos 1, igual á 0. Y todavía se puede reagravar la monstruosidad de la fórmula pensando en otro caso muy frecuente entre nosotros: un candidato, que tiene 35 votos á su favor, vence á otros dos de los cuales uno tiene 33 y otro 32, y toma la representación total de la circunscripción ó del distrito, es decir, que la ecuación en este caso es: 35 igual á 100; 65 igual á 0.

Esta aniquilación, este anonadamiento, esta anulación de las mayorías, efectivas con relación al total de los electores de un distrito por una minoría, mejor organizada, más activa ó favorecida por el poder ha sido la causa de todos los males que hemos experimentado: hemos tenido motines, revoluciones; representaciones firmadas por amigos han sido levantadas en tono de pro-

testa, en actitud de amenaza por la conculcación de los derechos electorales... Toda clase de males hemos tenido y los imputamos sólo a la lista completa; pero no se ve la brutalidad de esa ecuación aplicada a la circunscripción que es una lista completa diseminada, y por consiguiente doblemente perniciosa, no vemos que este es un defecto común a la lista completa y al voto uninominal, y puesto que ese defecto es una tiranía que ha desalentado el espíritu cívico y enervado la democracia ¿cómo puede adoptar el sistema de la circunscripción un gobierno que quiere estimular el espíritu cívico y devolver sus energías a esa democracia?

Se dice con el objeto de disimular y atenuar estos resultados, cuya injusticia es palmaria, que una minoría vencida en una circunscripción puede ser triunfadora en otra, y traer, entonces, al Congreso la representación de las minorías... La hipótesis es objetable por muchas razones pero me limitaré a una: Me sorprendería que una minoría vencida en Jujuy se encontrara satisfecha con el triunfo de otra minoría en San Luis. Sería quizá el caso en que se realizara la imagen, recordada por un espiritual diputado, de aquel que creía fumar, tragando el humo de otro fumador.

En la República, donde no hay partidos nacionales, el éxito de una minoría en una circunscripción está completamente desvinculado del éxito de otra minoría en otra circunscripción. Y aun cuando existieran partidos nacionales que por triunfos parciales enviaran representantes a la cámara y que esa compensación se produjera, lo que a la justicia interesa no es esa representación en el Congreso: ahí puede estar el interés de la política y del gobierno, pero no está ahí el de la democracia. El interés de ella es que la injusticia de la ecuación antes demostrada no se consuma en los comicios; que los esfuerzos realizados en cada distrito tengan el éxito y el triunfo proporcional que les corresponda.

Otros defectos comunes tienen ambos sistemas que en la circunscripción se agravan.

Se ha demostrado en esta cámara, con elocuencia y verdad, que los comicios están supeditados a influencias oficiales

viniedo de las más altas y llegando hasta las más bajas, y eso tanto más estrechamente cuanto más próximas están esas influencias.

Con dividir los distritos en circunscripciones esas influencias no se anulan; quedan subsistentes, sólo que habrá de trasladarse la influencia de la más importante, que es la provincial, a la menos importante y próxima, que sería la circunscripcional. Y si, en la provincia, puesto que los centros de influencia residen en la Capital, en algo puede refrenarlas la opinión pública ¿qué freno puede poner, qué morigeración puede ejercer la opinión sobre los centros de influencia en las circunscripciones?

Es una observación de la experiencia diaria, que los frenos de la opinión obran en razón inversa de la proximidad de los centros de influencia respecto de los centros de opinión ó por la disminución de grado en la jerarquía de las autoridades. Las inferiores son más despóticas que las superiores; las rurales más prepotentes y más inmoderadas que las urbanas: será descomedido y brutal un vigilante, pero no el presidente de la República; y entre los agentes, será siempre más atrevido el que hace su servicio en la Pampa que el que lo presta en Buenos Aires. Y tratándose de las autoridades lejanas, ¿qué influencia, qué morigeración puede ejercer sobre ellas la opinión pública? Esos centros de influencia que residen en las capitales de provincia tienen cerca el contralor de la opinión y acaso es mayor en la Capital de la República que en las capitales de provincia. Pero ese freno saludable, esa morigeración, ¿cómo se ejercerá sobre las autoridades locales, hoy capataces electorales y mañana usurpadores sin control del derecho electoral en sus respectivas circunscripciones? Así es seguro que la supeditación de los comicios a la autoridad, se hará más aguda y tiránica en las circunscripciones que no lo es hoy en los distritos; y ¿cómo el gobierno de la Nación, que ha prometido no inmiscuirse en elecciones, que ha obtenido de los gobiernos de provincia declaraciones concordantes con las suyas, habría de despojarse y pedir a los gobernadores que se despojen de toda influencia, para invertirla en caudillos de aldea? Si su propósito no fuera sincero, si lo que el Po-

der ejecutivo deseara en este momento fuera decepcionar al pueblo, ofreciéndole una reforma aparente, obtendría ese propósito conservando en las manos disimuladamente las riendas por las cuales podría gobernar la democracia en los comicios; aceptaría el sistema de la circunscripción, que lo libraría, cuando menos, de la influencia legítima de los centros provinciales, poniéndose entonces en comunicación con estos capataces electorales, que serían más fieles al presidente de la República, desde que no habría intermediario ninguno entre ellos.

Pero no es eso lo que se quiere: lo que se quiere es una reforma verdadera, una reforma leal. Descartada, pues esta consideración, me pongo en conversación con mis amigos y aliados de las circunscripciones y contesto a su pregunta: ¿por qué desatender las opiniones de nuestros eminentes predecesores? ¿por qué cerrar los ojos ante los ensayos hechos ya en el país? Hombres públicos eminentes, se dice, fueron partidarios de la circunscripción. Es cierto. Los primeros sostenedores aparecieron por los años 1872 y 73. En esa época los políticos de los Estados Unidos hicieron sancionar por el Congreso la ley de circunscripciones que es hoy la sección 23 de sus Estatutos revisados. Hasta esa fecha, desde 1787, cada Estado de la Unión había elegido sus representantes al Congreso nacional por medio de su propia legislación. Gozando los estados de sus fueros propios en esas elecciones, sobre esa base tomó su grande y primitivo impulso y vuelo el progreso de los Estados Unidos. ¿Por qué se cambió de sistema en 1872?

Pasada la guerra de la secesión, el partido triunfante quiso, por la legislación y la política, consolidar los frutos obtenidos en los campos de batalla, y entonces se dictó esta ley, entre otras que tienen el mismo carácter. De manera que por su origen y por el momento histórico en que vio la luz, la ley de la circunscripción no fué una ley que se dictara consultando los intereses de la democracia: se dictó consultando las aspiraciones del partido triunfante; fué una ley de partido para asegurar el triunfo a ese partido, no una ley de justicia é igualdad.

Sarmiento en aquel tiempo no podía ver las cosas con la misma claridad que

las vemos nosotros, puesto que la experiencia ha arrojado sobre la situación luces de que él no pudo disponer. ¿Puede alguno imaginar que Sarmiento, espíritu de justicia y de progreso, hoy, en 1911, sostendría la circunscripción como lo sostuvo en 1873? El conocía los efectos de nuestro sistema, reagrados desde entonces hasta esta fecha; consultó los medios de corregirlos y en su fe profunda aunque un tanto ingenua, por la sabiduría de los hombres públicos de los Estados Unidos, creyó que en aquella circunstancia la mejor manera de acertar era imitar. Por eso patrocinó la circunscripción. Igarzábal y otros tomaron el encargo del menudo argumentar y entonces se presentaron argumentos que ahora he oído repetir.

Le tergiversación del sentido de la expresión «voto indirecto», que no tiene significado sino por oposición a voto directo, en el lenguaje electoral, aparece entonces; se le da un sentido extraño que quiere decir la representación por la relación directa entre el elector y el elegido, tomando de esta manera un préstamo a Taine de una teoría que es buena para explicar la representación, pero que no es buena para explicar el artículo 37 de la Constitución argentina.

Entonces también surgió este curioso paralelismo: que subdividir no es dividir; como si para subdividir no fuera necesario dividir; y otros argumentos igualmente inconsistentes, que no en número porque valen menos que los que acabo de enunciar sin refutarlos, porque se refutan de por sí.

Y bien. Decía hace un momento: ¿Sarmiento mantendría sus simpatías por ese sistema? Creo que no. De todas maneras, si él las mantuviera, las razones que en seguida daré hacen que el gobierno pueda independizarse de la autoridad de Sarmiento y proceder según su ciencia y conciencia.

Esto me lleva a estudiar el estado de la cuestión en este momento. No hablaré de los Estados Unidos, donde el gobierno no ha hecho todavía suyos los clamores de la opinión porque se corría la actual corrupción electoral. Pero hablaré sí, de Francia y de Inglaterra.

Los señores diputados saben que en Francia se presentó y se discutió un proyecto para cambiar el sistema actual

del «arrondissement»—traduzcamos circunscripción—por el sistema de representación proporcional, porque los vicios de ese sistema habían llegado á tal grado que el presidente del consejo de ministros M. Briand, hablando de las circunscripciones, para definir por una imagen el grado de corrupción á que han llegado, no vaciló en llamarles «des marais croupissants» — charcos putrefactos—palabras que el diputado Dansette repitió en el parlamento, sin levantar protesta de partido alguno.

En Inglaterra, es sabido que Mr. Asquith, el eminente jefe del gobierno, instituyó una comisión real con el objeto de investigar las causas de la corrupción electoral allí reinante, y el resultado de esta investigación, fué que la causa primera de la inmoralidad política era la elección por circunscripción. Los «boss» ó capataces electorales ejercen en las pequeñas localidades una verdadera tiranía.

A raíz de esta investigación, Mr. Asquith presentó un proyecto aboliendo la circunscripción, creando distritos de lista é introduciendo un sistema de proporcionalidad.

En Francia y en Inglaterra todavía no han obtenido sanción estos proyectos. Por el momento no la tendrían; en la opinión, la condenación de ellos es unánime. ¿Y por qué no han obtenido y es probable que tardan en obtener esa sanción?

Monsieur Joseph Reynach lo dijo en la Cámara de diputados; porque le oponen una tenaz resistencia en los respectivos parlamentos, *beati possidenti*; es decir, los beneficiarios de esos abusos.

Luego, entonces, ¿podría el Poder ejecutivo, en nombre de la autoridad de nuestros predecesores ilustres, que á su vez se inspiraron en los ejemplos extranjeros, invitar á la cámara á hacer un ensayo del sistema que está universalmente condenado?

¡Pero, es que ese sistema ha tenido un ensayo feliz entre nosotros! Es cierto, y el Poder ejecutivo lo ha tenido muy presente, pero las observaciones que ha hecho no lo han decidido á su adopción. Se dice, que en 1904, en provincias, los partidos oficiales sólo dejaron de triunfar en tres circunscripciones, y que en la Capital no triunfaron en seis. Me parece que el resultado es poco sa-

tisfactorio y poco alentador, si estrenando el instrumento, no produjo sino eso.

Con un poco más de uso no habría producido mucho más.

Ninguno de los señores diputados en aquella época era tan joven que no hubiera podido asistir como testigo advertido y sagaz de lo que ocurría, cuando no como actor, en aquellas elecciones; y como es tan fuerte la propensión de la naturaleza humana á formar juicio general sobre los datos de la experiencia personal, no me atrevo á decir qué razones más pudieran hacer cambiar las que cada uno de los señores diputados se hubiese formado sobre ese particular. No desisto sin embargo, de decir algo, y no con el objeto de que se cambie de opinión, sino para concurrir á la formación de un verdadero juicio general con mi testimonio personal. Valga lo que voy á decir como un documento, como un dato de mi experiencia.

Fuí parte activa en esas elecciones en mi provincia. Elegían las circunscripciones oeste y sur. El gobierno, como es natural—no hay gobierno que se estime y considere decente que no tenga sus candidatos—tenía los suyos. La oposición presentó también sus candidatos. Eran éstos, caballeros de la más alta distinción. El candidato de la sección oeste, tenía gran arraigo territorial en la misma, y todos los hombres importantes de cinco de los seis departamentos que componían esa circunscripción, estaban vinculados por intereses, por servicios, por amistad, por consanguinidad ó por afinidad con el candidato. Tenía, pues, todos los triunfos para ganar la partida. El candidato oficial, joven distinguido y estimable de la ciudad, y que era absolutamente desconocido en la circunscripción, le ganó sin embargo la elección. ¿Por qué? Porque él tenía el triunfo que le faltaba al otro: el favor de los gobernantes.

Sr. Agote—Mañana podría tenerlo también con cualquier sistema, cuando haya funcionarios que no cumplan con su deber. Es cuestión de hombres, no de sistema.

Pido disculpa al señor ministro por la interrupción.

Sr. Ministro del interior—Ya se verá, ya llegaremos á eso.

En la circunscripción sur, el candi-

do se encontraba con las personas importantes de tres de esos departamentos en igual condición que el anterior candidato. Pero tuvo la fina idea de captarse la simpatía ó ganarse el interés de las autoridades de uno de los departamentos, haciéndoles la promesa de que si era elegido diputado, obtendría que esta cámara sancionara una ley autorizando la erección de un puente en un punto que interesaba particularmente á las principales de esas autoridades, aun cuando no al tráfico del departamento. Vino la elección. En aquellos departamentos donde debió triunfar por sus vinculaciones y por su carácter representativo, fué derrotado, pero triunfó por unanimidad en este departamento donde se había granjeado las autoridades y con los votos de este departamento compensó la derrota de los otros, y en definitiva triunfó.

No pretendo, señores diputados...

Sr. Roca—¿Si me permite el señor ministro?

¿Cómo será de grande la bondad del sistema de la circunscripción, que con una sola promesa puede el candidato burlar toda la acción de la máquina oficial!

Sr. Ministro del interior—Ya llegaremos á eso.

No pretendo, señores diputados, que con este ejemplo se cambien las opiniones. Ruego, sí, que se tome como un documento sincero. Por mi parte, debo decir que esa experiencia me inspiró profunda decepción.

Como medio de destruir las influencias locales, no valen las circunscripciones y me inspiran grave temor, porque pude observar esto: cómo las influencias circunscripcionales pueden ser captadas por ofrecimientos de tercera y cuarta cuantía, y levantarse entonces contra influencias superiores, que representan, cuando menos, el interés general, más próximo al interés nacional. (*¡Muy bien!*).

Esto es lo que sé yo del ejemplo. Entonces, pues, ¿cómo se puede pretender, repito, que un gobierno que lo que quiere es renunciar él mismo á todos estos medios de influencia local ó electoral, un gobierno que ha obtenido de los gobernadores de provincia la promesa de igual renuncia, renuncie en manos del capataz electoral de la circunscripción?

Con esto, ¿se habría servido al país? ¿no sería todavía preferible que se conservara la lista completa y que siguieran los presidentes eligiendo bajo el control de la opinión de la Capital. A permitir que se haga la elección en una circunscripción, sin que la opinión tenga freno cómo contener abusos? O el Poder ejecutivo es contradictorio con sus propios propósitos, ó no puede aceptar la circunscripción como un instrumento para realizar sus fines.

Pero no es sólo el ensayo de 1904 el que se ha hecho en la República. En el orden nacional, sí, es el único, pero en el provincial, no.

Santa Fe elige 41 diputados; uno por cada sección electoral en que está distribuida la provincia. San Juan elige 24 diputados por otras tantas circunscripciones. Salta tiene un sistema que llamaremos mixto: 14 departamentos eligen un diputado, y tres departamentos eligen más. Catamarca, en algunas secciones elige un diputado y en otras más. La Rioja se encuentra en el mismo caso, pues tan solo Chilecito y la capital eligen más de un diputado. Algo análogo ocurre en Jujuy.

Y bien: si la circunscripción tuviese las virtudes que se le atribuyen ¿no las veríamos realizadas en aquellas provincias? No se realizan, sin embargo.

Sr. Varela—Cambiano los padrones provinciales...

Sr. Ministro del interior—¿No hay que engañarse! Estas cosas hay que mirarlas con sinceridad. Comprendo que pueda haber opiniones distintas, pero, señores diputados, persuádanse de que si cada una de las partes tiene su punto de vista y el Poder ejecutivo tiene el suyo, esta no es una ley de partido; esta no es una ley para tener influencia; esta es una ley para asegurar al pueblo sus derechos; y el gobierno, que tiene esta idea, es responsable de la realización de ese propósito; y tiene la iluminación de los medios necesarios para satisfacer esta responsabilidad. Cualquiera hombre, en cualquier situación de la vida que se haya encontrado en un puesto de responsabilidad, sabe que el sentimiento de ella trae aparejadas iluminaciones propias para el cumplimiento del deber. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Y bien, pues, el Poder ejecutivo, en esta situación, estudiando imparcialmen-

te todos los medios—puesto que en el estudio que estoy haciendo yo demuestro cómo han pasado los hechos—estudiando con imparcialidad todos estos medios, consultando su conciencia, deseo de realizar la política que ha iniciado, estimulado por el aplauso público: ¿Cuál es el que más brevemente produciría el resultado? Y ha encontrado que la circunscripción es un medio que engañaría al pueblo y no produciría resultados. (*Muy bien! Muy bien!*)

Sr. Agote—¿Me permite el señor ministro?

Sr. Meyer Pellegrini—Que continúe el señor ministro.

Sr. Agote—¿Es que incomodo al señor diputado?

Sr. Meyer Pellegrini—Sí, señor me incomoda que se interrumpa la unidad del debate.

Sr. Agote—Aunque al señor diputado le incomode, como el señor ministro me autoriza a interrumpirlo, me voy a quedar con la autorización del señor ministro. (*Muy bien!*)

Me permitiría decirle al señor ministro que en la Capital federal, donde no existen elecciones municipales que corresponden a las de legislaturas de provincia, que acaba de recordar el señor ministro, donde no existe la lista completa sino la lista incompleta, los resultados son la unanimidad en las elecciones por el hábil manejo en los procedimientos de la lista incompleta; mientras que por la circunscripción, dentro de la Capital federal, se ha podido elegir representaciones que no estaban de acuerdo con los partidos oficiales.

Sr. Ministro del interior—¿Es ese el documento personal con que contribuye al debate el señor diputado? (*Risas.*)

Sr. Agote—No, señor.

Sr. Ministro del interior—Tomo nota de él, créame, con respeto.

Sr. Agote—No es el concepto personal el que le ofrezco al señor ministro, que veo que no le ha agradado.

Sr. Ministro del interior—No, señor. Créame que me agrada.

Sr. Agote—Es el concepto de la observación de los hechos, que el señor ministro del interior, como miembro del Poder ejecutivo, que es el que gobierna en realidad en la Capital federal, debe recogerlo y servirle en el debate, para

aplicarlo al pueblo de la República, del que es una parte el pueblo de la Capital. (*Muy bien!*)

Sr. Ministro del interior—Estoy dispuesto a coleccionar ese documento en mi archivo y utilizarlo en la primer oportunidad. (*Risas.*)

Sr. Meyer Pellegrini—No lo utilice, señor ministro, porque es inexacto el argumento.

Sr. Agote—La primer oportunidad la tiene ahora el señor ministro: es la ley electoral.

Sr. Estrada—Puedo agregar otro documento a la colección: por el sistema de la circunscripción, en una elección de concejales, un vendedor de preservativos y de remedios contra enfermedades ocultas, derrotó a Domingo Faustino Sarmiento en la parroquia de San Nicolás... ¡A Sarmiento, que había preservado al país de la barbarie y le había inyectado la quintaesencia de su genio! (*Muy bien! Muy bien!*)

Sr. Carlés (M)—Se puede ser un gran genio, pero un mal vecino. (*Hilaridad general.*)

Sr. Estrada—¿No, señor presidente! No fué eso, porque era indiscutible la superioridad y la popularidad de Sarmiento. Lo que pasó fué que los elementos oficiales ahogaron la opinión pública para que triunfara un boticario. (*Risas.*)

Sr. Meyer Pellegrini—Es que los vecinos eligen hombres capaces de servir al país.

Sr. Presidente—¿Le pueden permitir al señor ministro continuar con la palabra? (*Risas.*)

Sr. Meyer Pellegrini—Por eso me había opuesto personalmente a estas interrupciones.

Sr. Ministro del interior—Con un vivísimo placer cada vez que se trata de una cuestión política, entro en los antecedentes y en la vida nacional. Es de aquí de donde debemos sacar nuestras conclusiones. Me he servido del ejemplo de las provincias para demostrar que no es con la circunscripción que podemos regenerarnos. No quiero todavía retirarme de las provincias sin buscar en ellas una indicación de las aspiraciones de la opinión pública.

En Buenos Aires. Corrientes y Mendoza, existe el principio de la represen-

tación proporcional, y las constituciones de Tucumán, Salta, San Luis y Jujuy autorizan a las respectivas legislaturas a dar leyes electorales con sujeción al sistema de la proporcionalidad. Esas leyes no han sido dictadas todavía, pero el anhelo de la opinión está consignado en esas constituciones.

En Entre Ríos se ha establecido la lista incompleta, que es un paso hacia la representación proporcional; Córdoba acaba de reformar su carta fundamental en forma que permite la representación de las minorías; y el partido de la coalición, de Santa Fe—debo agregar—ha incorporado a su bandera la reforma electoral con la lista incompleta.

Hay, pues, once provincias que desean la representación proporcional. El Poder ejecutivo ha encontrado en esos votos una expresión autorizada de la opinión pública; y es por eso que hoy viene a proponer un sistema para dar representación a la minoría, y no propone otro que el de la lista incompleta, porque considera que los más perfeccionados no caben dentro de nuestra Constitución.

No basta, sin embargo, señor presidente, impugnar los sistemas contrarios para dejar establecida la excelencia del propio; es menester defenderlo. Yo debo defender el sistema de la lista incompleta.

Contra este sistema se han hecho graves argumentos. Es el primero que es un sistema desigual, poco racional, absurdo.

Este argumento ha encontrado su fórmula en una expresión peregrina: no se trata solo de lista incompleta, sino de un sistema incompleto. Y es incompleto, porque no es aplicable sino a una parte de las provincias; todas aquellas que eligen menos de tres diputados están excluidas de los beneficios de este sistema. Es un sistema de desequilibrio, de desigualdad; por consiguiente, un mal sistema.

Señor presidente: las teorías científicas son exactas, si en la explicación que dan de las leyes que rigen, series de fenómenos, todos estos fenómenos están comprendidos dentro de la explicación. Si hay algún fenómeno que escapa a la explicación, la teoría es falsa.

Pero los sistemas políticos no son teo-

rías científicas; los sistemas políticos están obligados a someterse a la necesidad de los pueblos y a consultar las posibilidades prácticas del momento. Los progresos políticos no son buenos porque sean totales, generales é iguales; son buenos, aun cuando no puedan realizar esa condición. Así lo han comprendido todas las provincias argentinas donde existen simultáneamente circunscripciones uninominales y el sistema de lista. Así lo ha entendido Inglaterra cuando en 1867 estableció el sistema de la lista incompleta para toda elección de condado ó burgo que estuviere representado en el parlamento por tres miembros, sistema que fué restringido solamente a los burgos, por manera que, al presente, en Inglaterra esos burgos eligen por lista incompleta y el resto del país por circunscripción...

Sr. Lacasa—Es que allí no existirá el artículo 41 de la Constitución, que prohíbe eso.

Sr. Ministro del interior—¿Si el artículo 41 no prohíbe nada! Le desafío al señor diputado a que lea el artículo 41 y me diga si se ocupa de la cuestión.

Sr. Lacasa—¿Está equivocado!

Sr. Ministro del interior—¡Hágame el favor de leerlo!

Sr. Lacasa—Voy a leerlo.

Sr. Peña—Es que el señor diputado está confundiendo ley con sistema. (*Risas.*)

Sr. Lacasa—No confundo, porque la Constitución establece el número de diputados que se va a elegir por primera vez, y para lo sucesivo...

Sr. Ministro del interior—Precisamente, ese no es el artículo.

Sr. Peña—Habla de ley, no de sistemas.

Sr. Ministro del interior—Pero la ley dentro de un sistema, es de aplicación. Es lo mismo que tomar el voto indirecto por relación directa.

Sr. Lacasa—En esa forma todo puede argumentarse; pero permíname la interrupción, señor ministro.

Sr. Ministro del interior—No, toda interrupción es oportuna, pero cuando tiene en sí sustancia bastante para una réplica. (*Risas.*)

Sr. Lacasa—El señor ministro no puede ser juez de la calidad de las observaciones que se le hagan.

Yo puedo pedirle permiso para interrumpirlo, y cuando la Constitución dice una cosa y las palabras del señor ministro dicen otra, me quedo con la Constitución que he jurado respetar! (*Aplausos en la barra.*)

Sr. Ministro del interior—; Hace muy bien! Por lo demás, todos tenemos jurado respeto a la Constitución.

Sr. Peña—Según lo entiende el señor diputado.

Sr. Lacasa—Como lo entendemos cada cual. Aquí no hay ningún criterio superior.

Sr. Ministro del interior—; Qué era lo que estaba diciendo, señor diputado, cuando me interrumpió?

Sr. Lacasa—Ya he terminado, señor ministro.

Sr. Ministro del interior—Decía, pues, señor presidente, que si la prueba de la excelencia de los sistemas consistiera en su uniformidad, no explicaría que en la sabia y prudente Inglaterra eligieran los burgos por lista incompleta y el resto del país por circunscripciones.

Pero todavía hay más—y esto va directamente con mis amigos y aliados los de la circunscripción—si fuera necesario, como prueba de excelencia y bondad, que los sistemas electorales fueran perfectamente uniformes y simétricos—¿cómo es que ellos, cómo es que la ley de 1902 estableció para la elección de diputados el voto uninominal, y para las elecciones de electores de presidente de la República y de electores de senadores, el voto por lista de dos? ¿Cómo se explica todavía que esa ley destruya las propias circunscripciones creadas y reconstituya el distrito para que el pueblo del distrito sea el que vote por el doble de los senadores que corresponde a la provincia? ¿Es esto simetría? ¿No es esto contradicción? No. Es que realmente los sistemas políticos son sometidos a la ley de los hechos, de las posibilidades.

Así pues este argumento, de la deficiencia del sistema, a falta de otras razones, estaría refutado por los ejemplos y por el precedente que acabo de refutar; pero ocurre que estos mismos antecedentes están fundados en razón. Todos los progresos políticos, repito, se hacen consultando las posibilidades prácticas del momento y la realidad de

los hechos. Si hay puntos donde la realización del progreso no es posible, porque los hechos no se amoldan a él, no por eso se ha de renunciar al progreso y se ha de considerar malo en sí. Así sucede en nuestro caso. Hay provincias que no pueden elegir más de dos diputados; esta imposibilidad transitoria no depende del sistema electoral sino de las leyes y actos que han establecido la distribución de las bancas en el Congreso, pero nada se opone a que un nuevo sorteo modifique esa distribución y devuelva a doce de las catorce provincias la posibilidad de elegir, en una sola renovación, tres y más diputados con lo que sólo quedarían excluidas La Rioja y Jujuy. Y aun esta excepción será sólo momentánea porque estoy cierto de que, hecho el censo, encontrará a esas dos provincias con población suficiente para tener un diputado más. Y bien, ¿en manos de quién está modificar esa imposibilidad actual? ¿No está en manos del Congreso? ¿Y cómo es posible que el Congreso le diga al Ejecutivo: su sistema es malo a causa de su imposibilidad, cuando está en las manos del Congreso mismo eliminarla? El argumento legal, la conducta legal, sería suprimir la imposibilidad y no juzgar un sistema que no se ha probado en toda su totalidad.

Se hace otro argumento, y se dice: la lista incompleta es de despojo por cuanto priva al elector de votar por todos los representantes que corresponden a su distrito y cercenando esas representaciones se cercena el problema electoral propuesto al pueblo. Esta ha sido admirablemente refutada por el señor diputado López Mañán; no repetiré su elocuente demostración ni siquiera recordaré mi modesto concurso en ella.

Las provincias no tienen, por la Constitución, determinado el número de representantes que han de elegir en cada renovación; eso está establecido por la ley. De manera que la ley puede decir el número de electores porque puede votarse en cada renovación y con esto no se cercena el problema: se le modifica y aun se le ennoblece. Cada provincia votará siempre por el número de representantes que le corresponda en la renovación, pero algunas de ellas no votarán íntegramente, votarán por partes, sabiendo que no está disminuida la

totalidad de la representación, sino que las minorías en la lucha podrán integrar la representación por un tercio de ella.

Sr. Agote—Una minoría.

Sr. Ministro del interior—Ya veremos eso; ya me ocuparé poco a poco de eso.

De manera, pues, que no es arbitrario el sistema, no; no es...

Otro argumento, señor presidente...

—Varios señores diputados conversan, dialogando en voz alta. El señor ministro se detiene un momento, y en seguida agrega:

Los señores diputados saben que no me perturba, en el estado normal de mis facultades, las interrupciones; como tampoco las conversaciones que sostengan entre ellos...

Sr. Costa—Al contrario, le convienen las interrupciones. Por eso yo no lo interrumpo.

Sr. Ministro del interior—... sí, algunas veces me convienen. Pero hoy deseo concluir los argumentos y quisiera que fueran rápidos. Por esa sola consideración y en beneficio de los mismos señores diputados, les ruego que no me interrumpen, porque van a tener que oírme por más tiempo, y oírme con disgusto...

Sr. Costa—Más bien le gustan las interrupciones al señor ministro. (*Risas.*)

Sr. Carlés (M.)—Estamos todos con los ojos abiertos: de manera que le escuchamos, señor ministro.

Sr. Ministro del interior—Voy a decir al señor diputado: yo tengo dos maneras de escuchar...

Sr. Carlés (M.)—Yo una sola; la que me indica el respeto que le debo, señor ministro.

Sr. Ministro del interior—... una con los ojos abiertos y es cuando estoy en comunidad de ideas con el señor diputado que habla; no hago otra cosa que aprobarlo para estimularlo. Mi mirada, diré entonces, es un estímulo que él recibe...

Sr. Presidente—La presidencia también tiene una sola manera de cumplir el reglamento: hacer respetar en el uso de la palabra a quien la tiene.

Puede continuar el señor ministro.

Sr. Carlés (M.)—Me ha evitado el señor presidente que contestara unas palabras que le hubieran convenido al señor ministro.

Sr. Luro (P. O.)—Es una explicación que interesa a la cámara.

Sr. Presidente—La presidencia tiene el deber de hacer cumplir el reglamento. Puede continuar el señor ministro.

Sr. Ministro del interior—Otro argumento que se ha hecho es que la ley en este caso procede arbitrariamente, que hace el lote de las minorías porque sí. La palabra arbitraria me parece excesiva, porque por probar demasiado no prueba nada.

Sr. Avellaneda—Ese argumento lo hice yo y hasta ahora no ha sido levantado.

Sr. Ministro del interior—Ya ve que no lo olvidamos, puesto que voy a ocuparme de él.

Sr. Anchorena—El señor ministro lo tenía guardado en el archivo.

Sr. Ministro del interior—Pero no en el de documentos. (*Risas.*)

Como decía, prueba demasiado y por consiguiente no prueba nada. Prueba contra todos los sistemas de proporcionalidad. El argumento toma su valor, cambiándole solamente de nombre. No es un sistema arbitrario, es un sistema que establece *a priori* la representación que corresponde a la minoría, mientras que los demás establecen *a posteriori* la proporción que le corresponde.

Sr. Avellaneda—Y aquí tiene aplicación la aclaración que le hacía el otro día en antecala al señor diputado por Buenos Aires, cuando al hablarle de los sistemas numéricos, como el sistema proporcional, le decía que partía de una base cierta, mientras que este sistema parte de algo ficticio.

Sr. Ministro del interior—Naturalmente, no hay para qué traer elementos de juicio adventicios, completamente ajenos, que no le dan más fuerza a la demostración; ni hay por qué, en un debate leal, disimular ó negar la fuerza de un argumento.

El sistema de lista incompleta tiene el defecto de establecer *a priori* lo que otros sistemas más perfeccionados establecen *a posteriori*.

Sr. Avellaneda—De modo que ese argumento subsiste en el debate.

Sr. Ministro del interior—Voy á explicarlo no á replicarlo; porque cuando uno reconoce la verdad de un argumento, no puede levantarlo ya; pero fundado en la fuerza que puede suministrar la experiencia ó la práctica, se puede conciliar. Y aquí apelo á la hidalguía y á la lealtad de aquellos que dicen que la Constitución puede ser interpretada de modo que ceda á todas las solicitudes de los tiempos y á todas las situaciones de los intereses.

Si la Constitución, que es nuestra carta fundamental, puede ser interpretada como se ha dicho, de esta manera, para sacar de ello un argumento favorable, ¿por qué no ha de ser interpretada también en otra forma? De manera que este argumento me permite, no que lo replique, sino que le haga esta observación colateral. Si aquí hubiera algún representante de la representación proporcional, que me dijera: «Señor ministro, usted es un hombre atrasado, porque pudiendo adoptar el sistema de la representación proporcional, adopta el de la lista incompleta», realmente no sabría qué contestar. Pero cuando ese argumento me es hecho por partidarios de la lista completa y por partidarios de la circunscripción, realmente no creo en la sinceridad del argumento, porque no prueba absolutamente nada.

Ahora, descartada esta observación, digo yo: la Constitución no nos permite hoy otro modo de dar representación á las minorías; no podemos hacer más dentro de nuestra facultad legal, de lo que ella nos acuerda, y puesto que dentro de la interpretación de la Constitución no tenemos más medios de dar representación á la minoría—representación segura, representación garantida, no esa representación accidental, fortuita, esporádica, que puede resultar de la circunscripción—desde que no tenemos otro medio, aceptamos ése, usamos y emplemos ése.

Pero no basta, tampoco, haber destruido los argumentos en contra del sistema que se patrocina, para haber cumplido con el deber de defensa y patrocinio: es necesario también decir el mérito que se le atribuye.

Algo he dicho á este respecto la primera vez que tuve el honor de hablar á esta cámara sobre esta cuestión. No dije más entonces, porque entendía que no

correspondía ampliaciones en el debate en general; pero la honorable cámara sabe que el debate en general se ha hecho debate en particular y entonces debo aludir á lo dicho, no para repetirlo, no, no para infligir ese suplicio á la cámara, pero sí para añadir algo más.

Se me ha hecho la objeción de que con ningún sistema se conseguirá destruir las influencias oficiales. Es cierto. Ni la lista completa ni la lista incompleta, ni la circunscripción, tienen en sí virtud suficiente para cambiar el estado de cosas que ha venido creándose y afirmándose en el país, después de sesenta años de estas costumbres electorales.

Se ha dicho en esta cámara, con razón, que ese estado de cosas, del punto de vista electoral, es la usurpación de los derechos del pueblo por las influencias superiores, por la influencia del presidente de la República, en armonía con las influencias de los señores diputados de provincia.

No seré yo quien se levante contra esta interpretación. Pero me parece que no contiene toda la verdad.

El derecho electoral, el derecho de la democracia, por la Constitución argentina, está garantido por otro poder, por un poder de justicia; y ese poder es el Congreso, ese poder es esta Cámara de diputados.

Los gobernadores, los ejecutivos, pueden haber usurpado, pero esa usurpación habría sido frustránea y nula, si el juez, al pronunciarse sobre la validez de un diploma, hubiera dicho: ese diploma viene de una máquina, no viene del pueblo.

Razones inspiradas en alto patriotismo, quizá, cuando ante todo el deber de conservar el orden, era el que más apremiantemente se imponía á las mayorías conservadoras del Congreso, hicieron que ese sistema imperara. Pero, después, no se ven votos de la cámara, en el juicio de diploma, que no sean sino una complacencia, una concordancia entre las miras del Ejecutivo y las del Congreso. Si ese sistema continuara, si la cámara fuese siempre un juez laxo, jamás, señores diputados, tendríamos regeneración electoral. Pero si la cámara se persuade que este juicio ha de darlo por razones de justicia y no por razones de política, permitidme, señores diputa-

dos, una profecía: el primer diploma impuro que se rechace por esta cámara, es el crack de la máquina, su desmonte completo por razón de inutilidad. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! en las bancas. Aplausos en las galerías.*)

He ahí, señores diputados, porque desde la primera sesión, desde el momento que presentamos el proyecto de empadronamiento, vengo clamando por esto: la solidaridad en la regeneración de nuestras costumbres electorales, entre el presidente de la República y el Congreso! Sólo de la unión sincera, del propósito firme de ambos poderes, podrá venir esa regeneración. ¿Y por qué no ha de venir?

¡Beati possidentes! A ellos les atribuía José Reinach la conservación de sistemas caducos en Francia y en Inglaterra.

Entre nosotros hay *beati possidentes* también, pero son de otra índole.

Allí no renuncian á las ventajas obtenidas. Y aquí, tengo la conciencia, tengo la persuasión de que la renuncia está hecha. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Las ha renunciado el presidente de la República, las han renunciado los señores gobernadores de provincia, las han renunciado los diputados que representan á esas provincias, en un gesto bello de patriotismo, en una promesa de buena y firme voluntad: no quieren gozar de esas ventajas: quieren que el sistema antiguo sea reemplazado por otro, por uno que permita que la democracia viva en una vida sana según nuestras instituciones.

Ese nuevo sistema de que tanto se espera, es este proyecto que cambia el sistema actual por el llamado de la lista incompleta, único que consultadas las posibilidades legales y políticas de este momento, responde á ese noble propósito. Por eso el Poder ejecutivo, consciente de las dificultades de la empresa, os pide su sanción y espera que no se la negaréis, sobre todo que no le forzaréis la mano, entregándole como instrumento, para realizar la política, por él iniciada, un sistema que él considera ineficaz y contraproducente.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

Para hacer una moción de orden tendiente á dejar establecida la forma cómo debe producirse la resolución de este

asunto que ha dado lugar á este largo debate.

Es ésta: siempre que el estado del debate lo permita, que se fije la sesión del lunes para votar en general.

Sr. Carlés (M.)—¿Por qué no ya?

Sr. Fonrouge—Muy bien, que se vote.

Sr. Agote—Pido la palabra.

Me creo, señor presidente, en el deber de fundar mi voto en una cuestión tan grave. No creo que se pueda votar en silencio una cuestión que ha afectado tanto á la cámara, y sin pretensiones de pronunciar un discurso, por la materia de que se trata y porque no me considero por otra parte con la preparación necesaria, ya que me cuento en el número de los que no saben á qué se refería el señor diputado por Córdoba: voy á limitarme simplemente á dar á la cámara las razones que fundan mi oposición al proyecto del Poder ejecutivo.

Creo, señor presidente, que toda medida que se tome en defensa de la libertad y de la pureza del sufragio, ha de encontrar el aplauso de la cámara y del pueblo sin necesidad de escuchar estas invocaciones hechas por el señor ministro para propiciarla. La cámara puede prestar y ha prestado siempre al Poder ejecutivo actual, ó á cualquiera que haya tenido la iniciativa, su voto unánime.

Pero declaro, desde luego, que esto de la lista incompleta no me satisface, porque jamás con ella se representará la minoría, es decir, se representará una minoría; que el principio de equidad que anima al Poder ejecutivo no llega hasta aquellos que están comprendidos en un número de votos que no sabemos cuál será.

He escuchado con la mayor atención el primer discurso del señor ministro; lo he leído además; y si en el segundo lo he comentado y no lo he escuchado con la misma atención por más respeto que me merece el talento, la ilustración y la persona del señor ministro, permítame que le manifieste, con sentimiento, que nos evoca el recuerdo de Shakespeare: *Words, words, words!*

No he encontrado la argumentación del señor ministro, á pesar de su preparación y de su conocimiento en la materia: no he encontrado una demostración que convenza á los que no saben, una demostración que borre las dudas de los

que tienen lecturas incompletas; una demostración que todo el mundo ha pedido hasta este momento, y que, siento manifestarlo, á pesar de la elocuencia de los señores diputados, ninguno ha entrado al fondo de la cuestión en la parte verdaderamente constitucional.

Se había anunciado que un diputado que forma parte de esta cámara trataría el asunto con la detención que merece. Desgraciadamente, no ha hecho uso de la palabra; y puedo decir que tanto la argumentación del señor diputado Peña como la del señor ministro, en su parte numérica del primer día y en la segunda de hoy, no han disipado las dudas que nos ponen en esta alternativa muy difícil para los hombres que no tenemos preparación en esta materia: ¿no iremos á violar la Constitución nacional? ¡Ahí tiene, señor presidente, cómo más de uno de los señores diputados van á acompañar con todo entusiasmo el pedido del Poder ejecutivo! Y digo pedido del Poder ejecutivo, porque él ha iniciado esta ley, él la ha propiciado, y en este momento acaba de serlo mucho más por las palabras del señor ministro.

No comprendo hasta ahora las explicaciones dadas; creo que vamos en contra de la Constitución; y siendo partidario de cualquier modificación que se hiciera previa reforma de la Constitución que nos rige voy á votar en contra del proyecto del Poder ejecutivo. (Aplausos.)

Sr. Montes de Oca—Pido la palabra. Había resuelto de una manera para mí definitiva no tomar parte en este debate, y me fundaba para ello en razones meramente individuales, que no interesan á la cámara; pero la provocación directa que acaba de hacerme el señor diputado por Buenos Aires...

Sr. Agote—No ha sido provocación.

Sr. Crouzeilles—¡Santa provocación, señor diputado!

Sr. Montes de Oca—... me pone en mi concepto, en la obligación, diré,—á esta altura del debate, y en este instante, lo que me obliga á improvisar método, argumentación y todo lo que puede constituir la médula de la exposición,—me obligará, decía, á hacer una disertación más ó menos convincente, pero que traduzca la manera en que concebí los regímenes electorales, cuya primacía se discute en presencia de las cláusulas de nuestra Constitución nacional.

Hay otra consideración también que me obliga á producirme de esta manera. El señor ministro del interior, en la elocuentísima exposición que acaba de escuchar la asamblea, ha manifestado sus preferencias por los regímenes proporcionales. El nos ha dicho que el anhelo nacional es Hegar á la representación proporcional de las minorías; nos ha expuesto que once provincias argentinas han manifestado ese deseo, y repitiendo las notas de su mensaje, ha manifestado que sólo porque encuentra que los sistemas proporcionales no caben dentro de las cláusulas de la Constitución estaba obligado, impelido á proponer la lista incompleta, como uno de los medios de llegar, tarde ó temprano, al régimen proporcional, que es el régimen científico, el régimen moderno, el régimen que la opinión nacional anhela ver establecido.

Tengo un gran respeto por las opiniones del señor ministro, me ha oído expresar éste respeto en todas las formas; pero sin que esto importe producirle la más mínima de las ofensas á su vasta ilustración, á su claro talento, he llegado, después de maduras reflexiones, á la conclusión de que el estudio constitucional que ha hecho para llegar á ese resultado, es tan incompleto como la lista que propone. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.)

Desde luego, yo no tengo preferencias marcadas por ningún sistema electoral. Desde que ha comenzado á estudiarse esta cuestión en el seno del gabinete, en la prensa, en el parlamento, he puesto el más decidido empeño para formar una convicción propia, libre de prejuicios, libre de entusiasmos. Me he encontrado en esa situación que pinta Taine, en el prefacio de su obra monumental: «*Los orígenes de la Francia contemporánea*».

«Era en 1849, dice, tenía yo veintiún años y fui llamado á votar. Según la costumbre francesa, no se trataba de expresar una voluntad ó una opinión á favor de catorce ó de dieciséis nombres; era necesario, además, manifestar una opinión á favor de determinada orientación política. Estaba sobre el tapete una discusión, siempre viva, sobre si habían de prevalecer el bonapartismo, el realismo, la democracia, la república ó el imperialismo. Todos los agen-

tes electorales se explicaban cada uno á su manera el edificio, la construcción que querían levantar para que en ella se alojara el pueblo francés. Dentro de esas concepciones había para todas las satisfacciones personales. Se levantaban, expone el gran escritor, en la mente de cada uno de los electores y propagandistas electorales, hoteles para marqueses, casas para burgueses, alojamientos para obreros y aún falansterios para comunistas, cuarteles para soldados y campamentos para salvajes. Todos los sistemas de la habitación humana se habían propuestos sucesivamente al concepto del pueblo francés, pidiéndole que se decidiera por alguno de ellos.

Taine manifiesta su admiración. El no tenía, dice, preferencia por ninguna de esas construcciones; su interés era averiguar, era descubrir cuál era la construcción y la casa que el pueblo francés requería, no consultando las preferencias de los arquitectos ni los modelos hechos en otras partes, sino de acuerdo con las necesidades propias sentidas por el pueblo francés que iba á adoptarla. (¡Muy bien!)

Este es el método y el sistema que hemos debido usar entre nosotros, sin apasionarnos por la lista incompleta ó por el sistema de la circunscripción. La política del Poder ejecutivo, alta política de regeneración electoral, nos conduce fatalmente á ese resultado; porque si no lo hacemos así, si no procedemos de ese modo, si empezamos á predicar desde ya que tal sistema, el de la lista incompleta, por ejemplo, ó el de la circunscripción, va á producir fatalmente los resultados auspiciosos que todos anhelamos, corremos el peligro serio de desenganar, de desesperanzar, de desilusionar al pueblo de la Nación, una vez que la práctica nos demuestre que nuestros vicios anteriores subsistirán, si no con el mismo grado de intensidad, á despecho de toda la buena voluntad del Poder ejecutivo, del Congreso y de la prensa. (¡Muy bien! Aplausos.)

En su programa presidencial, Rivadavia, á quien la opinión de la posteridad ha tildado de ilusionista y de teórico, expresa su opinión sobre los peligros que comporta la tarea legislativa, cuando el gobierno, alzándose por sobre la realidad de las cosas, anuncia *urbi et orbe*, que va á cambiar la verdadera naturaleza, en

virtud de su buena voluntad, de su clarividencia, de su inteligencia, sancionando y decretando creaciones nuevas. Ese resultado no lo vamos á alcanzar. Es necesario que adquiramos el convencimiento pleno de que el sufragio será siempre una verdad meramente relativa.

Todos los anhelos de pureza electoral, de pureza de sufragio escollarán fatalmente ante el obstáculo insalvable que le opone la impureza notoria y reconocida del sufragante. Es que el sufragio, el comicio, señores diputados, se amasa con pasiones humanas. Son los intereses, nobles á veces, pero mezquinos otras; son las ambiciones, elevadas en alguna oportunidad, pero bastardas y menguadas en otras las que forman, las que completan el sufragio; y el sufragante nace de las filas del pueblo, de las filas generales de la sociedad, de donde, si bien se desprenden aquellos que guían á las naciones y las conducen á la gloria y al progreso también se desprenden aquellos que andan por las vecindades del código penal y que arrastrándose por la depravación y por el vicio concluyen su vida en las celdas de una cárcel! (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

En este concepto, señor presidente, yo creo que es tarea del Congreso y tarea de estadista decir la verdad al país. Vamos á reformar la ley electoral, no con el fin inmediato de establecer, de conseguir la pureza absoluta del sufragio, sino porque estamos en el deber de ocuparnos de esa reforma en vista de los grandes males que ha producido y porque debe ser tarea constante de los poderes públicos procurar alcanzar sucesivamente los grados de perfeccionamiento á que aludía el señor ministro del interior.

Y efectivamente, en esta materia no debemos procurar conseguir ideales absolutos. La tarea legislativa consiste en procurar grados de perfeccionamiento hacia un objetivo jamás conquistable por completo. Y por eso el legislador, el hombre de estado, debe preocuparse siempre, en todos los momentos, de estudiar las lecciones de la experiencia para salvar los errores, las omisiones, los vacíos que note.

Concuerdo con mi joven y distinguido colega el señor diputado Avellaneda en encontrar que no son aplicables á es-

te caso las palabras del Eclesiastes, que repetía el señor ministro del interior. Si es cierto, decía, que cada día tiene su tarea, la tarea del presente es conseguir la reforma electoral.

No, señor presidente: las elecciones de los estadistas y la práctica universal demuestran que es tarea del Poder ejecutivo y del Congreso arrancar a la labor diaria una parte de los que le corresponde, hacer en ella un paréntesis para ocuparse durante todos los días del año de la reforma electoral, porque sólo así podrá armonizarse la sana intención de hacer una verdad de la democracia con los medios prácticos de conseguir este resultado. (*¡Muy bien!*)

Así, señor presidente, con estas ideas, yo me he puesto a estudiar nuestra Constitución con el fin de descubrir en ellas cuáles son los regímenes que caben dentro de su texto, para una vez resuelta esa cuestión, decidirme por el sistema electoral que en mi concepto más se amolda a las exigencias actuales de la República. En otros términos: de decidirme por el sistema electoral, no de mis preferencias, sino por el sistema electoral que mejor dé cabida al pueblo de la Nación.

Y bien, señor presidente, ante todo, debo hacer una salvedad de orden personal. Impresionado por la frase del artículo 37, según la cual los diputados se eligen a simple pluralidad de sufragios, yo desde la cátedra he enseñado a mis alumnos que no cabía dentro de la Constitución otro sistema que el de la lista completa, tal cual se practica en la actualidad. Posteriormente, cuando la comisión de negocios constitucionales preparaba su despacho, tuve el honor de ser invitado a su deliberación. Manifesté allí estas mismas ideas; expresé que el concepto que derivaba de la frase «simple pluralidad de sufragios» había ejercido tanta influencia sobre mi espíritu de estudioso que en su virtud yo no creía por de pronto que pudiera discutirse la constitucionalidad de otro sistema. Pero que entre los que estaban sobre el tapete en ese momento, prefería la lista incompleta al sistema de la circunscripción, y lo prefería por tres razones cardinales que expresé. Primero, porque la lista incompleta por ser lista, agrupaba a su alrededor volunta-

des y actividades y al agruparlas contribuía en una forma a dar organización a los partidos políticos, que no se crean ni se decretan por el Congreso, como muy bien lo hizo sentir en su elocuentísimo y extraordinario discurso el diputado por Buenos Aires señor Julio Costa, y sólo se dan normas ó se dan pautas para que esos partidos se encaucen, porque esos partidos, señor presidente, existen, porque existen las tendencias del espíritu individual a conservar los existentes ó a cambiarlos por alguna otra cosa que responda más a las exigencias del momento. Y esas dos tendencias, al conservatismo y al liberalismo, son tendencias de la individualidad y que se manifiestan en todos los órdenes y en todas las sociedades, formando agrupaciones y creando, por consiguiente, partidos.

Creía que el sistema de la lista incompleta era también conveniente porque creaba, cualquiera que fuera su aplicación y por basta y lata que ella resultase, una mayoría en el Congreso que permitiría al gobierno ó al Poder ejecutivo desempeñar sus funciones sin tropiezos, sin dificultades de ningún género. En tercer lugar, me parecía que el sistema de la lista incompleta respondía también a las exigencias del momento, porque entiendo que de acuerdo con las cláusulas, era fatal, necesario, indispensable que las minorías estuviesen representadas, no por individuos aislados que puedan nacer del sistema de las circunscripciones, sino por verdaderas colectividades que, aunque pequeñas, estuvieran en alguna forma mancomunadas, diré así, y pudieran ser una vigilancia y un contralor eficaz y eficiente de los actos del gobierno. (*¡Muy bien!*)

Pero declararé en el seno de la comisión que iba a estudiar la cuestión del punto de vista constitucional, y que según fueran las convicciones constitucionales que adquiriera, así sería mi voto en esta cámara. No he tenido, señor presidente, la oportunidad de que se escuchara después mi palabra. La comisión de negocios constitucionales, tan deferente en un principio conmigo, jamás me llamó con posterioridad a oír el resultado de esos estudios que prometí hacer. Y esa es la circunstancia en virtud de la cual, por primera vez, voy a tener opor-

tunidad de manifestarlo en el seno de mis colegas.

El artículo 37 de la Constitución establece tres reglas primordiales de sistema electoral. Son los tres temas y no sistemas, á que ha aludido el señor ministro del interior. Primera, la representación directa. Segunda, la división de la República en distritos. Tercera, la elección a simple pluralidad de sufragios.

Es evidente, en mi concepto, que todos los sistemas electorales que hoy debaten su primacía en el mundo de la ciencia caben dentro del recaudo constitucional, según el cual la República ha de elegir directamente los diputados. Casi todos esos sistemas caben también dentro del otro recaudo constitucional según el cual la República se ha de dividir en tantos distritos electorales como provincias existen, y además, la Capital.

El punto á averiguar es si esos regímenes caben dentro de la frase, según la cual los diputados eligen a simple pluralidad de sufragios. En mi concepto, señor presidente, no tengo la menor duda en contestar en sentido afirmativo, y no la tengo porque he querido seguir el desarrollo de esa frase para buscar verdaderamente su origen, á fin de explicarme la interpretación que ha podido dársele y la razón en virtud de la cual existe enclavada en el artículo constitucional.

Desgraciadamente, para la facilidad de los estudios la frase «a simple pluralidad de sufragios» no ha sido tomada de la Constitución de los Estados Unidos. Si lo hubiera sido, todos nosotros hubiéramos llegado á un resultado pronto é inmediato. La lectura de cualquier comentador, en la forma que diariamente lo hacemos, nos hubiera dado la clave del problema; pero la Constitución de los Estados Unidos no trae la frase del artículo 37. Es necesario buscarla en otra parte. La curiosidad del estudioso tiene que dirigirse natural é inmediatamente á las fuentes de la Constitución del 53, á los debates de la convención de Santa Fe, á las obras de Alberdi que precedieron y siguieron á sus Bases y puntos de partida para la organización de la República. Y haciendo este estudio minucioso, detallado, se llega á esta conclusión asombrosa: de que

no hay una sola palabra, ni en las obras de Alberdi ni en la convención de Santa Fe, que explique el alcance de una frase, según la cual quedarían proscritos todos los regímenes electorales, y sobre todo aquellos que traducen la verdad democrática y que dan representación en el Congreso á todos los matices á todos los colores de la opinión nacional. ¿Cómo es que los convencionales de Santa Fe, cuya pintura hacía el señor diputado por Buenos Aires doctor Lacasa, con colores vivísimos; cómo es que esos hombres que habían vivido nuestra vida, que habían estudiado nuestras costumbres y habían madurado su ingenio con las lecturas de la ciencia política universal; cómo es, pregunto, que no explicaran en manera alguna ni directa ni indirectamente, una frase que concluía con todo sistema electoral adelantado, progresista, con todo sistema electoral que pudiera implantar un régimen de verdad relativa en las alturas del gobierno?

La verdad es, señor presidente, que en primer lugar, el año 53 no había grandes debates sobre sistemas electorales. No quiero significar que algunos de los regímenes actuales no hubieran tenido su raíz en época anterior. Los estudiosos de la actualidad pueden remontarse en sus estudios á las épocas primeras; pueden encontrar que á principios del siglo XIX, algún pensador hizo alguna indicación sobre un régimen electoral; pueden encontrar que en algún cantón de Suiza, en 1842, si mal no recuerdo, se discutió algún sistema de representación de minorías; pueden encontrar, también, que Girardin, en 1848, publicaba en «La Presse» su célebre artículo sobre reforma electoral, pero la verdad exacta, tangible, es que ningún libro había amalgamado y estudiado esos sistemas, que no los había recogido para analizarlos ningún pensador y que, por consiguiente, los convencionales de Santa Fe no podían tener, como no tuvieron, noticia plena á su respecto.

No puede decirse, pues, que prescribieran de un sablazo lo que no conocían de antemano; pero profundizando más el análisis, yo me he encontrado con esta otra particularidad: que ya fué empleada la frase á «simple pluralidad de sufragios» en la Constitución del año

26, y si alguna duda puede haber respecto de si los constituyentes del 53 tuvieran noticia ó no sobre los regímenes electorales en boga, me parece que no cabe dudar que en 1826 todavía no se debatía esta grave cuestión, esta trascendental cuestión de la democracia, que dió un vuelco, en la mitad del siglo 19, á las ideas tradicionales de la humanidad.

La Constitución del año 26, señor presidente, en alguno de sus artículos—que no puedo citar por razones notorias á la cámara—trae á la letra esta parte del artículo 37 de la Constitución del 53. En ella se establece, nítidamente, en los mismos términos de la Constitución actual, que los diputados se eligen á «simple pluralidad de sufragios». Este antecedente obliga al hombre de estudio á ir á buscar la fuente del artículo constitucional en los mismos antecedentes legales, y cuando se procede de esa manera ¡cómo se ilumina el alcance y la inteligencia de la frase! Cada una de las palabras de nuestra Constitución tiene, entonces, una explicación clara y sencillísima. Es la experiencia política argentina, es la realidad argentina, vida, real y positivamente sentida. Y si en esa forma se prosiguen los estudios, no hay, seguramente, señores diputados, ningún peligro en adoptar cualquiera de los sistemas, porque el alcance de la frase es claro, sencillo, simple.

La primera elección que tuvo lugar en el territorio argentino, en el territorio del antiguo virreinato del Río de la Plata, á raíz de la revolución del 25 de Mayo, fué la de aquellos diputados que debían venir á integrar la primera junta, según la doctrina de Saavedra y según el texto de la circular del 26 de Mayo á las provincias, ó que debían venir á formar un congreso constituyente, según la doctrina de Moreno y según el texto del acta capitular de los días de Mayo.

Y bien: esa elección en el territorio de la República se hizo á pluralidad de sufragios. Así lo determinan las actas de la elección de La Paz, de Catamarca y de San Juan de la Frontera. ¿Qué significa la frase «á pluralidad de sufragios»? ¿Significa que la elección debía hacerse á mayoría absoluta, una mitad más uno, ó que debía hacerse á mayoría relativa, á mayoría sobre todos

los otros candidatos? Ni en el acta electoral de La Paz, ni en el acta electoral de Catamarca, que he tenido oportuno de consultar, se revela una idea precisa á este respecto. Pero, si, lo revelan las actas electorales de San Juan de la Frontera. Ellas determinan que habiéndose procedido por el Cabildo y por parte sana y sensata del pueblo, convocado al efecto, á hacer la elección de diputados, recogidas las cédulas que al efecto se repartieron, resultó que el regidor alferez real don José Ignacio Fernández Maradona, tuvo 33 votos; que don José Ignacio de la Rosa, tuvo 24; que el señor Castro Carreño, tuvo 17. Hecho el cómputo numéricamente, se ve que, según el texto de las actas, no había habido mayoría absoluta á favor del señor José Ignacio Fernández Maradona. Sin embargo, el acta electoral determina que el regidor alferez real queda proclamado á pluralidad de sufragios y en tal concepto se incorpora á la junta en virtud del movimiento de 18 de diciembre de 1810.

Tenemos, pues, que en este primer momento de la organización nacional la frase «pluralidad de sufragios» tiene un alcance neto, claro, preciso.

Pero, en la sucesión del tiempo ese alcance parece que se desvirtuara. En 1811 se dictó el decreto sobre creación de juntas provinciales. En él se establece que esas juntas en la Capital han de ser regidas por elecciones de segundo grado. El pueblo de los distritos, en cada distrito, ha de elegir un elector, y esos electores deben elegir los colegas que forman la junta. Cotelesas, dice el decreto de la época.

La elección de segundo grado, la elección de los electores, que eran en número reducido, debía hacerse, según el texto de la ley reglamentaria, á pluralidad de sufragios. Pero ¿cómo debía ser esa pluralidad de sufragios? ¿Debía ser pluralidad absoluta? ¿Debía ser pluralidad relativa? Por lo menos, hay un interrogante. Tratándose de un cuerpo tan reducido como era el de los electores, puede inferirse que la pluralidad de votos era una pluralidad relativa.

En 1812 cambiaba la forma del gobierno. Terminado el Directorio, sustituido por el Triunvirato, llegó la oportunidad de terminar la forma en que debían reemplazarse los triunviros, y se

dictó aquel célebre reglamento de 1812, que determinó la forma de organizar las asambleas que debían elegir á los triunviros.

Esas asambleas no eran permanentes, no debían ser permanentes; así lo determina el estatuto respectivo: debían tener una vida transitoria, y la precariedad de esa existencia debía reemplazarse por una comisión permanente, análoga á la que existe en la República Oriental del Uruguay; para los graves asuntos de estado tenía un tribunal compuesto de once miembros que había de fallar y de esas resoluciones debía irse en apelación ante un tribunal de once miembros también de la asamblea.

La sentencia de primera y segunda instancia, ha de hacerse, dice el decreto á pluralidad de sufragios.

Aquí no hay duda: siete ú once, número impar: la pluralidad de sufragios en este caso, es la pluralidad absoluta.

Ahí tenemos, entonces, las dos interpretaciones de las palabras «pluralidad de sufragios», hechas por documentos auténticos, oficiales, de los primeros años de la época de la Revolución.

En esa forma, llegamos á 1815, en que se dictó el Estatuto provisional de ese año. Los autores de ese estatuto se percataron perfectamente de esta disposición, y parece que anticipándose á los debates que deberían tener lugar en un futuro lejano en el parlamento argentino, determinaron claramente cual era el concepto de la pluralidad.

El que examina el Estatuto provisional de 1815, con ánimo libre de apasionamientos y prejuicios, llega á esta conclusión: los diputados se eligen á simple pluralidad de sufragios, los gobernadores á pluralidad de sufragios.

En un caso, no ha querido convocarse nuevamente al pueblo después de manifestada su primera voluntad, para que deshaga empates ó para que llegue á la mayoría absoluta. En el otro caso, tenemos una elección de segundo grado. Los electores estaban siempre reunidos, y era posible consultarlos una, dos ó más veces, para llegar á la pluralidad. Y el concepto de simple pluralidad como sinónimo de mayoría relativa en contra del concepto de pluralidad, como sinónimo de mayoría absoluta, persiste en las constituciones posteriores y de-

muestra lo siguiente: que cuando se ha hablado de que la elección de diputados se hace á simple pluralidad de sufragios, el objeto único del legislador ha sido evitarse dificultades, impedir que pudiera hacerse lo que en la técnica moderna se llama *ballotage*; impedir que una vez verificada una elección hubiera indispensable necesidad de verificarla de nuevo; impedir, en otros términos, que se aplicara por la ley el sistema de las mayorías absolutas.

Luego, desde 1815, se sabe claramente que cuando se dice que un diputado ha de ser elegido á simple pluralidad, lo que se prohíbe á los congresos es hacer que se elija á mayoría absoluta de sufragantes. Y los términos de la Constitución de 1815 se repiten con entera verdad y entera estrictez en la Constitución y en el estatuto provisorio de 1817. De allí pasan á la letra, á la Constitución de 1826, de la cual se llega á la de 1853, y en esta última nos encontramos con el mismo principio iluminado claramente por los antecedentes nacionales.

Los diputados se eligen á simple pluralidad de sufragios. El presidente de la Nación, cuya elección es indirecta, que encuentra á los electores reunidos, y respecto de los cuales puede repetirse una y más veces la votación, el presidente de la Nación, digo, se elige según el artículo 84, á pluralidad absoluta. Y la Constitución contrapone esos dos términos: para la elección presidencial emplea literalmente la expresión «pluralidad absoluta»; para la elección de los diputados, dice: «simple pluralidad».

De modo que ¿cómo ha de crearse, cómo ha de convertirse en una exigencia de la Constitución lo que no ha sido en la mente de los autores sino una idea tendiente á facilitar las elecciones?

La frase «simple pluralidad de sufragios»—estén persuadidos de ello los señores diputados—iluminada por los antecedentes de la República, no significa otra cosa que dar facilidades á los congresos é imponerles que no conviertan en un recaudo *sine qua non* la exigencia de la mayoría absoluta. ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Aplausos!

Ahora, indicadas estas bases, veamos qué sistemas caben dentro de la expresión «simple pluralidad de sufragios».

Los sistemas electorales que hoy se discuten en el mundo civilizado se dividen en tres categorías, y no hay más: ó se da al elector un solo voto, ó se le facultad, en otros términos, á votar por un solo candidato—sistemas uninominales; ó se le da la facultad ó el derecho de votar por tantos candidatos cuantos sean aquellos que deben elegirse en el distrito—sistemas plurinominales; ó se limita la acción del elector—sistema de la lista incompleta, sistemas proporcionales.

Los sistemas uninominales, en mi concepto, caben dentro de la Constitución, siempre que se les repite en parangón y en frente de la expresión «simple pluralidad de sufragios».

Supongamos, para hacer la argumentación más clara, que no existiese en la Constitución nacional otro recaudo relativo á elecciones, y que fuéramos á decidir el punto con la frase «simple pluralidad de sufragios». Los sistemas uninominales caben dentro de ella, lo repito. Los principales son: aquel que considera á la Nación como un solo distrito electoral, facultándose al elector para dar su voto por un solo candidato. Es el sistema de Girardin, en el artículo á que antes he hecho referencia.

Puesto en práctica este régimen ¿á quién ó á quiénes se proclama electos? A los ciento veinte diputados que tengan simple pluralidad de sufragios.

El otro régimen uninominal es el del distrito, tan elocuentemente sostenido por algunos de mis colegas en esta cámara.

Practicado el sistema, ¿á quién se proclama electo? A los candidatos que en cada distrito tengan simple pluralidad de sufragios.

Lo mismo puedo argumentar y es posible respecto de los sistemas plurinominales. Esos sistemas son, el de la lista completa, vigente en la actualidad, que cabe evidentemente dentro de las prescripciones de nuestra Constitución.

¿A quién se proclama electo por medio de ella? A los candidatos que tengan simple pluralidad de sufragios?

Existe también, entre estos sistemas plurinominales, el voto acumulativo: el elector, en este sistema, dispone de tantos votos cuando son los candidatos, y los distribuye en la forma que su crite-

rio le sugiere, ó votando por la lista completa como sucede hoy, ó acumulando sus votos en un solo candidato, ó distribuyéndolos entre varios. Puesto en vigencia este sistema, ¿á quiénes se proclamará electos? A los candidatos que tengan simple pluralidad de sufragios. De manera que este régimen también cabe dentro de la frase constitucional.

El otro sistema es el del voto limitado: no se faculta al elector á dar su voto sino por un número menor que el de candidatos á elegir en el distrito. Este sistema puede descomponerse en dos grandes subsecciones: la lista incompleta, que preconiza el Poder ejecutivo, sistema transitorio, y el sistema proporcional, que en mi concepto podría establecerse desde ya si se creyera que él se amolda á las exigencias verdaderas de la sociedad argentina. (*Muy bien! Muy bien!*)

El sistema de la lista incompleta determina el número de candidatos por el que un sufragante va á votar: tres habiendo cinco, y cinco habiendo siete; y una vez predeterminado si eso es legal y constitucional, se proclaman electos, como quiere la Constitución, á los candidatos que resulten tener simple pluralidad de sufragios.

Lo mismo sucede, señor presidente, con el sistema proporcional. El señor ministro, con esa claridad de frase y de concepto que lo caracteriza, nos ha explicado hace un momento que no hay más diferencia substancial entre el sistema de la lista incompleta y el sistema proporcional que: por el primero, resulta de antemano determinado el número de candidatos por el que ha de votar el elector; por el segundo, el número de candidatos por que tenga derecho á votar el elector resultará del comicio, resultará del escrutinio. se sabrá solamente en el momento de la elección.

En otros términos, y esta no es una idea mía: no es tampoco una idea exclusiva del señor ministro del interior, es la manera cómo en la actualidad los hombres de ciencia de la Francia, que se ocupan con tanto empeño de los regímenes electorales, explican el sistema: en el sistema proporcional, la ley faculta al elector previamente, transitoriamente, á dar su voto por el número de candidatos que haya que elegir

en el distrito, pero advirtiéndole que ese voto que da por toda la amplitud de la lista no es un voto final; que no tiene derecho á darlo: que el Congreso, que la ley entienden que debe quedar y que queda limitada la facultad del elector, pero que esa limitación no la produce arbitrariamente y de antemano, como ocurre con la lista incompleta, sino que la produce automáticamente y á posteriori, como resultado real y positivo de la compulsa á la opinión verdadera de la nación. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos.*)

Y una vez resuelto y explicado el problema de esta manera, una vez encarada la cuestión de este punto de vista, yo pregunto, señor presidente: si en el sistema de la lista incompleta se consideran electos á los candidatos que hayan tenido simple pluralidad de sufragios, ¿por qué es que el señor ministro del interior nos dice que los sistemas proporcionales no caben dentro de la Constitución, cuando en realidad, descartado de cada lista el número de candidatos por los cuales el sufragante no vota y reducido ese número á aquellos sobre el cual únicamente tiene el derecho de votar, el escrutinio se hace en la misma forma: se proclaman electos á los que tienen simple pluralidad de sufragios?

No hay, pues, una diferencia substancial entre los dos sistemas, y permítaseme que lo diga y que lo repita: lo que hay es incongruencia en sostener que el de la lista incompleta cabe dentro de la Constitución y que los de la proporcionalidad no caben en ella, tan sólo porque en el sistema de la lista incompleta la determinación del número de candidatos por el que tiene derecho á votar el elector lo fija el Congreso *a priori*, y en los otros casos lo fija el pueblo *a posteriori*.

El único punto, señor presidente, que habría necesidad de estudiar y discutir, es éste: si la Constitución permite al Congreso de la República decir al elector: no ha de votar por uno, ha de votar por todos, ó ha de votar por una parte.

Pero este punto, si se estudia, es aplicándolo á todos los regímenes electorales, porque la función que se da á él cabe por igual al sistema de la lista incompleta; y á los sistemas propor-

cionales. Y yo entiendo honradamente, honestamente, después de haber leído todos los artículos de la Constitución, que no hay en ninguna parte de ese gran código político regla alguna que prohíba al Congreso legislar esta materia en la forma que lo aconsejen é impongan las conveniencias de la Nación. (*Muy bien! Muy bien!*)

La Constitución habla, desde su preámbulo, de representantes del pueblo, que reunidos en congreso la dictan; establece en el artículo 22 que el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes, y agrega en el 37 que los diputados representan al pueblo de la Nación y de las provincias.

Al pueblo... ¿y qué es el pueblo ante el concepto constitucional? En ninguna parte ha quedado definido, señores diputados. La Constitución sólo dice que hay una diputación por cada treinta y tres mil habitantes; y parecería inferirse de este precepto que son los habitantes todos de la Nación los que constituyen el pueblo de la República, y que los representantes han de serlo no de los electores tan sólo, que depositan su voto en las urnas electorales, sino del conjunto en masa de los que votan y de los que no votan, porque tienen y no tienen derecho para hacerlo. El pueblo de la Nación es una masa de opiniones en que todos tienen el derecho perfecto de ser representados, desde que la Constitución habla de representantes del pueblo. Y ¿cómo se representa? La ley ha determinado que los extranjeros no tienen derechos electorales; queda, pues, una parte, á veces crecida, de los treinta y tres mil habitantes á que se refiere la Constitución, fuera del acceso á los comicios, que no puede ni debe ser consultada.

Por otra parte, establece también la ley que sólo los hombres votan; queda el bello sexo; probablemente por razones de cortesía parlamentaria y para no producir inconvenientes gravísimos, como son todos aquellos que atañen á la política—fuera de los comicios electorales, fuera del voto directo é inmediato, aunque muchas veces el bello sexo sea quien lo aconseje ó quien lo imponga. (*Aplausos.*) Los niños tampoco votan. De manera que en un comicio, de cada treinta y tres mil habitantes, hay la inmensa mayoría de habitantes que

no votan, que no depositan sus boletas en las urnas; y sin embargo, la Constitución y el régimen representativo hablan de representación del pueblo. Es todo el pueblo el que de acuerdo con los principios, garantías, prerrogativas y preeminencias establecidas en la Constitución, es todo el pueblo de la República, sin distinción de sexos, ni de clases, ni de edades, ni de nacionalidades, el que debe tener representación en las esferas del gobierno, para hacer oír sus intereses en la forma que se noten en todas las capas de la sociedad.

Entonces, señor presidente, la Constitución no ha querido sino esto: que se represente al pueblo y que se le represente en la forma más equitativa, más igual posible; teniendo en cuenta, si es dado llegar á ese resultado, también la igualdad de los derechos del elector. La ley califica al elector, el que debe tener una igualdad de derechos, igualdad á que se han referido algunos señores diputados. Pero la igualdad en el sentido constitucional no es la igualdad matemática de las ecuaciones, no es la igualdad matemática de las cantidades; es la igualdad de razones, es la igualdad proporcional, la igualdad respecto de todos aquellos que se encuentran en los mismos casos. Y cuando la ley es igual—y debe dictarse con igualdad para todo el territorio—quiere decirse que todos los habitantes de la República que se encuentran en una situación perfectamente equivalente, han de tener los mismos derechos; pero si no los tuvieran, tienen que ceder su derecho ante una consideración mayor, que es la consideración de la representación popular, porque nuestro régimen representativo, porque la Constitución establece claramente el concepto de la representación del pueblo y porque haciéndolo así es el pueblo, en toda su latitud, el que debe y tiene necesariamente que estar representado.

Y si el legislador, al estudiar estos conceptos, al examinar estos principios, claramente encuentra que la mejor manera de dar representación á la colectividad social es facultar al elector á depositar su boleta con un solo nombre, el Congreso tiene la facultad de hacerlo, aunque se equivoque en el medio de llegar al resultado constitucional.

Y si el Congreso cree que la mejor manera de dar representación al pue-

blo, como colectividad, es dar al elector el derecho, la facultad y aun imponerle la obligación, como lo quiere el Poder ejecutivo, de votar por el número total de candidatos, el Congreso podrá equivocarse, pero estará dentro de las normas constitucionales.

Y de la misma manera, si el Congreso entiende que la única forma y la mejor forma de dar representación á todo el pueblo, á toda la masa, á toda la colectividad social, es limitar los derechos del elector, á objeto de que quede amplificado el concepto de la representación popular, el Congreso podrá equivocarse, pero se equivocará con las tendencias de la Constitución, con los anhelos del pueblo y con toda la vorágame y toda la corriente de opinión que en el mundo civilizado está pidiendo á los congresos, á los parlamentos y á los ejecutivos que sancionen esta reforma, como la que más se armoniza con los verdaderos intereses del país!

He terminado. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos en las bancas y en la barra.*)

Sr. Agote—Me felicito, señor presidente, de haber dado lugar á esta luminosa explicación del señor diputado por la Capital. Hasta sería el caso de que sus ideas se presentaran en forma de proyecto, para agregarlo á los que estudiamos y que éstos no quedaran reducidos simplemente á los tres que ha desechado la comisión.

Estando el sistema sostenido por el señor diputado, dentro de la Constitución, como tan luminosamente acaba de demostrarlo, sería justo agregarlo á los presentados por la comisión.

Sr. Fonrouge—¡Pero si el señor diputado adhiere á la lista incompleta!

Sr. Montes de Oca—¡Perdóneme el señor diputado! Yo no he de votar por ninguno de los regímenes propuestos, sino por aquel cuya constitucionalidad acabo de sostener.

Sr. Agote—Sería bueno que el señor diputado formulara un proyecto al respecto.

Sr. Montes de Oca—Formulo mi voto como quedan formulados los demás. Así como alguien formulará votos por la conveniencia y ventaja de que vuelva el proyecto á comisión á fin de que pueda venir nuevamente á la cámara con un articulado nuevo; así como al-

gunos votarán por las circunscripciones á fin de que vaya á comisión y vuelva con todo el ropaje necesario para que se convierta en ley, así también votaré yo, aunque me quede solo, por el sistema proporcional! (*Bravos y aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Sr. Varela—Después de este discurso sería muy interesante una discusión respecto de ese sistema, ya que el Poder ejecutivo declaró que si no lo adoptaba era porque consideraba que la Constitución no le daba entrada.

Sr. Crouzeilles—Y demostrado con el discurso del señor diputado por la Capital que acabamos de oír, que la representación proporcional encuadra dentro de la Constitución y dado que el Poder ejecutivo quiere llegar al mejor de los sistemas, sería la oportunidad de que le diera también su voto.

Sr. Ministro del interior—No, no.

Sr. Rodríguez Jurado—Es que el señor diputado por la Capital ha demostrado también que el sistema de la lista incompleta es constitucional.

Sr. Vocos Giménez—El señor ministro del interior, en su brillante discurso de esta tarde, creo que dijo que si existiera en esta cámara algún representante del voto proporcional y le preguntase al Poder ejecutivo si ese sistema era el más conveniente, él se encontraría perplejo para contestar.

Mostrada por el señor diputado por la Capital la constitucionalidad del voto proporcional, sería el caso, señor presidente, de pedir al señor ministro quisiera tener la bondad de manifestar la opinión del Poder ejecutivo en esta materia.

Sr. Ministro del interior—Ya la ha manifestado el representante del Poder ejecutivo en su primer discurso y también en el segundo: á su juicio cree que ese sistema no es constitucional.

Sr. Vocos Giménez—No lo cree el señor ministro.

Sr. Ministro del interior—Creo que no cabe dentro de nuestra Constitución.

Sr. Roca—Pido la palabra.

No sé si estoy autorizado á hacer uso de la palabra excediendo los términos precisos de una simple rectificación, ya que no está en mi carácter acogerme á la superchería de declarar que sólo voy á ocuparme de un detalle cuando posiblemente la necesidad de rebatir algu-

nos conceptos emitidos en este debate me pueden llevar más lejos.

Sr. Olmedo—Esta dificultad se salva por una moción de orden que formulo, á fin de que se declare libre el debate.

—Asentimiento general.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

Es simplemente para pedir permiso para retirarme. Me siento algo indispuerto y no desearía que se fuera á atribuir mi ausencia á descortesía ú otra causa: tanto más cuanto que creo que la cámara no va á entrar todavía en la discusión en particular.

Sr. Luro (P. O.)—¡Es un efecto de la lista incompleta! (*Risas.*)

Sr. Presidente—Puede retirarse el señor diputado.

Continúa con la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Roca—Yo no sé si será por el irresistible halago de la buena compañía ó por el poder de sugestión que tienen ciertos espíritus, pero es lo cierto que la palabra del señor ministro del interior tiene la virtud de estimular el mío, como ha ocurrido ya en el curso de este debate.

He escuchado con el más vivo interés, como el país entero, la esperada palabra del señor ministro del interior. Ella debiera haber venido á coronar de una manera definitiva la estructura de este debate electoral, en que se han ventilado los problemas todos que interesan la vida del país. Ha habido un instante, señor presidente, en que mi concordancia de opiniones y de sentimientos ha sido completa con el Poder ejecutivo y con el señor ministro del interior: ha sido cuando ha hablado de la iluminación, que es el atributo de ciertas situaciones, y que indica de mejor manera que el estudio razonado y silencioso ó que la meditación honda del gabinete, el surco, el rumbo, la orientación de las aspiraciones nacionales.

Y permítaseme, señor presidente, en muy breves palabras, ya que tengo que referirme á mis concordancias con el Poder ejecutivo, hacer esta manifestación, que creo necesaria, ante la interpretación un tanto insidiosa que el público de adentro ó el público de afuera,

pueda hacer de las situaciones personales.

No tengo inconveniente en condecorar y en coincidir con el Poder ejecutivo cuando entiendo que el Poder ejecutivo se inspira en los verdaderos intereses del país. Y esta concordancia no implica, señor presidente, declinar situaciones irreductibles ó irrenunciables; no implica el movimiento, un tanto instintivo, de aproximación al fuerte; implica, simplemente, la concordancia en el anhelo común del bienestar general. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Me parece, señor presidente, que desde la elevada altura en que se tienen esas iluminaciones, el señor ministro del interior ha visto, sin embargo, velado el escenario por alguna cosa que le ha impedido ver y auscultar los verdaderos problemas nacionales.

Estamos preocupándonos mucho de dar representación á las minorías cuando el problema del país, el que lo ha agitado, el que lo ha dividido, el que lo ha convulsionado, ha sido el problema de las mayorías. Ningún partido argentino ha golpeado las puertas de las convenciones, ni las puertas de los congresos, para pedirles una representación en su seno á título de minoría; han venido, en la vindicación pacífica ó en la vindicta armada, á exigir el puesto que creían suyo y que suponían usurpado, á nombre de la mayoría de sus provincias.

Este es el problema histórico, este el problema real.

La máquina, señor presidente, no se destruye con el sistema de la lista incompleta; la máquina se consolida, se legaliza. El sistema de la lista incompleta es una especie de división de dominio que atribuye á las situaciones que gobiernan la República la parte de la mayoría y á las oposiciones la parte de la minoría: la lista incompleta es la sanción legal del *uti possedetis* de 1912, *uti possedetis* irrevocable y definitivo de hoy en adelante. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El sistema de la lista incompleta no resuelve el problema argentino, por la razón muy simple de que consolida la situación de los partidos gobernantes, y no estimula ni favorece la situación de las oposiciones. Y no lo hace por causas que son de la dinámica, de la técnica

de la ley, aparte de las razones generales de que me voy á ocupar. Por el sistema de la lista incompleta, sistema automático, artificial, mecánico, la mayoría se lleva el número total de los representantes por los cuales vota. En esa forma puede suceder muy bien que fortifique los partidos gobernantes, que les dé mayor cohesión, que les dé una solidez, una estructura que posiblemente podrían ver menoscabados con la aplicación de otros sistemas. Pero á la minoría ¿le pasa lo mismo? No, señor presidente. La minoría lleva solamente á la representación aquellos diputados que hubieran tenido el mayor número de votos dentro de la lista de la minoría. Así, por ejemplo, votando en la provincia de Buenos Aires la mayoría por diez y la minoría también por diez, la mayoría obtendrá los diez de la lista, mientras que la minoría obtendrá solamente cinco, los cinco que obtengan mayor número de votos, desde que es necesario poner en armonía este sistema con la regla de la pluralidad de sufragios. ¿Y qué es lo que va á ocurrir? Los partidos de oposición serán debilitados por la acción inevitable de las aspiraciones, de los intereses personales.

Los diputados por Buenos Aires podrían traer una contribución inapreciable al debate, explicando cómo el estímulo de las ambiciones personales, los anhelos de las situaciones locales, han hecho fracasar de una manera irremisible el sistema de la lista proporcional en su provincia. El sistema de la lista incompleta, de este punto de vista, divide los partidos, los anarquiza, porque pone á los hombres del mismo credo frente á frente los unos de los otros, estimulándolos permanentemente á la felonía y á la traición. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Y bien: ¿acaso los males que han inspirado la reforma han de remediarse fortaleciendo los partidos del gobierno y pulverizando y anarquizando los partidos de la oposición? No, señor presidente. De este punto de vista, y si he de ser sincero, reconozco las ventajas del sistema actual sobre la lista incompleta.

El sistema de la lista incompleta, por otra parte, no solamente anarquiza los partidos dentro de sí mismos; sino á las

minorías relativas, las unas respecto de las otras. Porque la mayor minoría, actuando mecánicamente, por el imperio de la ley, se siente amparada en tal forma que no ha de necesitar unirse á las otras minorías para luchar contra el enemigo común; y el interés egoísta de los pequeños núcleos ha de impedir ciertas reconcentraciones que ha visto con satisfacción, muchas veces, el pueblo de la República y de las provincias, reconcentraciones hechas no en virtud del mandato artificioso de la ley, sino cuando los malos gobiernos, cuando el abuso, cuando las violaciones de lo que ordenan los sanos intereses del país, originan estas oposiciones que ponen en peligro, en día determinado, la existencia misma del gobierno.

Pero, señor presidente, la contribución inapreciable que á este debate ha traído la palabra tanto más autorizada, en virtud de su mandato universitario, del señor diputado por la Capital doctor Montes de Oca, nos pone en presencia de otro problema de singular importancia.

¿Cómo es posible—ya que ha quedado evidenciado que en su manera de actuar el sistema de la lista incompleta no es sino un sistema proporcional—cómo es posible, cómo puede suponerse, siquiera, con apariencia de razón, que dentro de la Constitución ha de caber el sistema imperfecto y no el perfecto? (*¡Muy bien!*) Pero ¿no es esto tritutar, no es esto llevar á su extremo la letra férrea del texto constitucional, para esgrimirlo contra los grandes y más vitales intereses de la Nación? No, señor presidente. El sistema proporcional, si cabe el de la lista incompleta, entra suelto dentro de los dominios de la Constitución. (*¡Muy bien!*)

Sr. Peña—Es que la lista incompleta no es un sistema proporcional.

Sr. Luro (P. O.)—En Bélgica se llama sistema proporcional.

Sr. Peña—En Bélgica nunca se ha practicado la lista incompleta.

Sr. Roca—Las denominaciones no alteran la esencia de las cosas.

Y bien, señor presidente: yo preguntaría á cualquier hombre de provincia, á cualquiera de aquellos que viven frente al problema incesante, siempre renovado, del gobierno, en sus respectivas localidades, qué es lo que prefiere: si este sistema de molde rígido, que al

descorazonar á los más entusiastas suprime los más nobles estímulos, ó el sistema flexible de las proporcionalidades que ha de ir acompañando á su tendencia, á su grupo, á sus aspiraciones en todas las fases sucesivas de su desenvolvimiento y preparando de una manera paulatina, gradual, como las cosas mismas de la naturaleza, su llegada al gobierno cuando se haga mayoría. ¿No es no sólo más lógico, más racional, más constitucional, sino más humano, un sistema que otro?

Comprendo perfectamente, señor presidente, que no es posible abordar en los finales de un período parlamentario, en la improvisación impuesta por las condiciones fatales del tiempo, una reforma tan amplia, tan completa como sería la implantación del sistema proporcional, y sobre todo, sin que el espíritu público, sin que la misma convicción de los propios diputados se haya hecho substancia, se haya hecho carne.

La Nación no está preparada aún para el régimen proporcional; la Nación debe ir primero al sistema que la prepare; pero este medio no puede ser, dentro del propio mecanicismo, sino el de la circunscripción. ¿Por qué? Porque la circunscripción resuelve políticamente problemas que no resuelve la lista incompleta.

La circunscripción, señor presidente, por la incidencia, por el poder incontrastable del voto, por el estímulo de las situaciones locales, por los intereses de partido, hasta por las propias ambiciones personales, regularizadora, sancionadora, legitimaria la situación de los gobiernos del país y de las provincias.

El sistema de la lista ha tenido este inconveniente enorme: ha sido el sistema que ha implantado eternamente el problema revolucionario. El partido desalojado, absolutamente desalojado de toda representación en el parlamento, no tenía más remedio que golpear las puertas de la revolución. Y en cambio, los efectos en sentido contrario, han sido bien sensibles, y es la historia de ayer la existencia de un gobierno fuerte, sólido, hijo de una elección popular con un prestigio que nadie discutía, ha sido puesta en peligro el día mismo que una coalición salía triunfante por el sistema de la lista, en un distrito determinado de la República.

El sistema de lista incompleta, si bien da esta pequeña válvula de escape á las oposiciones, á las contradicciones locales, tiene el inconveniente de que lo hace mecánicamente, de que no fortalece esos partidos, de que la mayoría va á quedar de una manera definitiva y para siempre en poder de la actual mayoría.

Después, no debemos preocuparnos tanto de crear congresos puramente deliberativos. No es exacto que la deliberación sea lo que más interesa al pueblo. La deliberación puede interesar ocasionalmente á la generalidad; puede interesarle por el prestigio de los oradores ó por el interés mismo del asunto debatido. Pero la deliberación no es la carne, no es la sustancia de la acción legislativa. Lo que es la sustancia de la acción legislativa es el voto, es la ley. (*¡Muy bien!*)

Ahora bien, señor presidente. ¿No es preferible aplicar en este país, para la formación de este parlamento un sistema que no divida en una forma descorazonante la composición de la cámara, sino que la divida siguiendo todas las incidencias de las mayorías parciales del país?

Me bastará recordarle al señor ministro del interior, porque es una cuestión que le ha de haber interesado mucho, que un solo voto decidió la suerte de la ley de divorcio en el país. Muchas veces un voto, ó pocos votos, han decidido de la vida política de las provincias; y una intervención resistida, una intervención antipática, una intervención... que no quiero calificar, apenas ha tenido una miserable mayoría para pasar en el parlamento.

El prestigio del Congreso no está en el brillo de sus deliberaciones: está en el prestigio, en la bondad de sus sanciones.

Con el sistema de la lista incompleta se divide al Congreso en dos bandos: dos tercios de mayoría permanente para el gobierno y la minoría deliberante para la oposición.

Además, señor presidente, esto no es todo el problema, como ya lo ha dicho muy bien el señor diputado Montes de Oca: están las costumbres electorales, está la educación popular, el saneamiento del comicio, el hábito del voto, todo esto que constituye la calidad ci-

vica de una población. No basta reformar las leyes electorales, y en ese sentido la prédica, la acción, la vigilancia del Poder ejecutivo debe ser incesante y debe extenderse á todas las esferas de la República, como á todos los rincones de la administración. (*¡Muy bien!*)

Hace pocos días, con ocasión de una fecha verdaderamente gloriosa para él, uno de los primeros ciudadanos de la República, el doctor José Evaristo Uriburu, me refería un anécdota que ha de ser la reforma parcial de la ley. Me refería que existía en Chile, siendo él representante diplomático de la República, un abogado muy distinguido, hombre muy hábil, muy capaz.—el doctor Elizalde,—que á la vez que reunía estos prestigios, tenía el muy discutible de ser un maestro de fraude. Era no solamente un practicante, sino que era un cultor, un propagandista del fraude.

Las leyes electorales en vigencia en esa época en Chile, se prestaban á esta experimentación, hasta el extremo de hacer necesaria é imprescindible su reforma. El presidente de la República, don Domingo Santa María, envió á las cámaras un proyecto de reforma de la ley electoral. Uno de sus amigos, viejo senador, lo interpelló un día sobre estos propósitos de reforma con estas palabras, cuyo sabor ha de apreciar la honorable cámara.

«Pero, señor presidente —le dijo— ¿para qué se preocupa de reformar la ley electoral? Lo que hay que hacer es reformarlo á Elizalde.»

Estas reformas, si han de tener éxito, si han de hacernos dar un paso hacia adelante, han de llevar como condición implícita é indispensable la «reforma de Elizalde». La reforma de Elizalde, que personifica en este caso todos los abusos, todas las desviaciones, todos los apetitos, todas las intolerancias, todas las intransigencias esparcidas sobre el territorio de la República, Elizalde debe ser el espectro que se yerga día á día frente al pupitre del señor ministro del interior. (*Risas.*) Sobre Elizalde ha de romper él sus fuegos diariamente, no en maniobras con enemigo simulado, como los que hemos visto en este mismo debate, en el que muchos han ejercitado una defensa del Poder ejecutivo, defensa calu-

rosa, sincera, respetable, pero que en realidad no respondía á ningún ataque.

Aquí Elizalde va á necesitar en cambio una atención y un cuidado perpetuo, porque se multiplica, se subdivide, se fracciona en todos los ámbitos del país. Puede ser el gobernador de provincia, como el jefe de una repartición, como el simple oficial de policía, como el simple agente electoral, y á él debe dirigirse todo el estímulo de la vigilancia avisora del señor ministro del interior, si quiere que esta ley, en cualquier forma en que sea sancionada, pueda significar un aporte al progreso cívico de la Nación.

Señor presidente: tengo el defecto, hijo mismo de la acción, de no traer á esta cámara sino el reflejo, un tanto desarticulado, de mis opiniones, de mis sentimientos y á veces hasta de mis pasiones. Esto me impone una forma de exposición que si bien tiene el prestigio de poner al auditorio en comunicación con el que habla, tiene todos los inconvenientes que derivan para la propia palabra de seguir los azares, los rumbos de la improvisación.

He de concretarme, para no abusar ya más de la atención de la cámara, á manifestar que á mi juicio este debate y este proyecto de reforma significan una gran conquista para la Nación, significan la muerte oficial del sistema opresor de la lista, y reivindico para un gobierno próximo el honor de haber sido el primero que lo arrancara de los hábitos de la tradición, es del interés de los gobiernos, para reemplazarlo por otro que consultara los intereses ulteriores de la Nación.

Queda todavía uno que otro representante de la vieja tendencia. Respeto sus convicciones, aplaudo el calor con que las mantienen, aun cuando evoquen un cuadro que ha quedado grabado en mi memoria: se refiere al último episodio de la batalla de Tushima, que decidió la suerte de la Rusia respecto del Japón.

El acorazado Subaroff, en que montaba el almirante ruso, precedía la línea de fila en que librara la escuadra rusa su postrer combate. Allí la esperaba la escuadra del Japón, que concentró todos sus fuegos sobre el buque almirante, sobre la cabeza de la escuadra. A los pocos momentos, ya pueden imaginarse los señores diputados el cuadro

de horror que presentaría aquel buque, asediado por toda la artillería japonesa: los hombres enloquecidos, corrían por su cubierta no ya buscando refugio, sino instintivamente, como privados de razón, bajo la influencia de los gases asfixiantes de los proyectiles explosivos del enemigo. Momentos más tarde caía herido el almirante, caía herido ó muerto el jefe del buque, su segundo, el tercer oficial, y las tres cuartas partes de la tripulación; y el buque, perdido el gobierno, se desvía de la línea, llevado por el azar de las aguas. En ese instante, un torpedero se aproxima al buque almirante; suben á él y levantan al almirante moribundo y á los oficiales sobrevivientes; de los oficiales de ese buque dos se negaron á acompañar á su jefe—un viejo y un joven guardia marina. Mientras la torpedera se alejaba del acorazado, pudieron sus tripulantes presenciar ese cuadro único é incomparable: toda la artillería principal del acorazado desmontada, y sobre cubierta, dos pequeños cañones que seguían haciendo fuego imperturbablemente sobre un enemigo, al que no alcanzaban.

Parecía, dice el narrador, el último latido de un agomizante. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Pues bien, señor presidente, este debate es el último latido de la lista completa agonizante. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Pero si es el último latido de la lista completa agonizante, no se ha engendrado en su reemplazo á un ser robusto, sino á un ser transitorio; él ha de venir mañana y no pretendo ser profeta al anunciar que antes de mucho la opinión ha de tener el sistema que encuadra con sus incuestionables preferencias, el que consulta mejor todos sus intereses, el sistema que es difusión de enseñanza, el que estimula la vida cívica en todos los rincones, el que resucita la vida comunal, el que da prestigio y valor á todas las fuerzas electorales: el sistema de la circunscripción. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Considero, señor presidente, dentro de la modesta acción de soldado de esta causa, que hemos logrado en este combate, si no la victoria definitiva, una conquista segura y apreciable.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente—Si no se hace uso de la palabra, se procederá a votar.

Sr. Agote—¿Qué es lo que se va a votar, señor presidente?

Sr. Presidente—La presidencia se permite dar su opinión a la honorable cámara, para que ella la ratifique ó rectifique, sobre la forma de votar.

Como son los sistemas electorales los que se han discutido a fondo y el primero que se informó fué el de la lista incompleta, por el señor diputado Fonrouge, entiendo que es el primero que debe votarse. De manera que propondría la votación en esa forma.

Los señores diputados que estén por la aceptación del sistema de lista incompleta, tengan la bondad de ponerse de pie.

Sr. Luro (P. O.)—Si la votación no ha de ser nominal, quiero dejar constancia de que soy partidario del sistema de la circunscripción y de que daré mi voto por él.

Sr. Presidente—Los señores diputados que estén por la lista incompleta...

Sr. Ferrer—Quiero hacer constar mi voto en contra de toda modificación a la ley electoral, mientras no se haya hecho la reforma constitucional.

Sr. Presidente—Se va a votar...

Sr. Agote—¿No habría que votar en general sin hablar de lista incompleta ó de circunscripción?

Sr. Carlés (M.)—Lo primero que hay que votar es el proyecto en general, y después entrar a votar eso que el señor presidente supone que está en discusión.

Sr. Roca—Es tanto más fácil ese procedimiento, cuanto que según entiendo la comisión de negocios constitucionales ha presentado en substitución del artículo primero del despacho, uno nuevo, en que propone el sistema de la lista incompleta. Por lo menos, así lo ha anunciado en el curso del debate. De manera que podría votarse la reforma en general y en seguida el artículo primero, que establece el sistema.

Sr. Presidente—Para la presidencia es igual.

Si hay asentimiento general, se votará en esa forma.

Se votará si se reforma ó no la ley electoral.

Como hay varios despachos, se en-

cuentra la presidencia en dificultades para ponerlos a votación.

Sr. Agote—Hay un solo despacho, con artículos distintos. De manera que primero debe votarse ese despacho, y después, cuando le llegue el momento, cada uno de los artículos.

Sr. Presidente—Perfectamente. Se votará en general el despacho.

Sr. Agote—Pido la palabra.

Sr. Llobet—Pido la palabra.

Deseo dejar constancia de que mi voto será a favor del sistema de circunscripción.

Sr. Avellaneda—¿Y no sería mejor que la votación fuera nominal? Es el procedimiento que correspondería. Hago moción en ese sentido.

Sr. Agote—Desearía saber si el asunto que ha dado lugar a este debate se refiere a un solo artículo de la ley proyectada.

Sr. Peña—Se trata de arreglar la ley según el sistema que se vote. Se votará el sistema y después vendrá el arreglo.

Sr. Avellaneda—He formulado, señor presidente, una moción para que la votación sea nominal.

—Apoyado.

Sr. Presidente—Basta que el señor diputado lo pida, para que así se haga.

Se pondrá a votación el sistema electoral, procediéndose a la votación nominal: cada señor diputado indicará el sistema por que vota.

Sr. Roca—¿Si me permite el señor presidente? Esta no es la forma de votar. Debe votarse primero el artículo que había anunciado el señor diputado Fonrouge.

Sr. Agote—¿Pero si es el artículo 41 el que da lugar a divergencias!

Sr. Presidente—La presidencia entiende que hay conveniencia en que la honorable cámara se pronuncie respecto del sistema electoral, porque será necesario amoldar todo el despacho al sistema que se adopte.

Varios señores diputados—¿Es claro!

Sr. Agote—No, señor presidente: primero hay que saber cuáles son los despachos que obtienen mayor número de votos.

Sr. Roca—En la cámara no hay sistema de pluralidad de votos; se votan por sí ó por no todas las cuestiones. Aquí

hay que proponer la votación de uno de los tres sistemas. Me es indiferente cuál sea. Empecemos por la lista incompleta, porque hay que pronunciarse por sí ó por no.

Sr. Costa—Pido la palabra.

Me parece que cada diputado podría expresar en la votación nominal el sistema por el cual vota, y llegaríamos al resultado previsto sin necesidad de hacer varias votaciones.

Sr. Agote—Eso no es reglamentario.

Sr. Conforti—Pido la palabra.

Señor presidente: Yo no sé si es ésta la oportunidad de manifestar brevisamente, para que conste en el acta y en el «Diario de sesiones» la razón de mi voto por las circunscripciones.

El sistema de mis simpatías es el de representación de las minorías; pero como este sistema es discutible del punto de vista constitucional, y no podría ser puesto sobre el tapete de una manera eficiente sino precediéndolo de un proyecto de reforma de la Constitución, voy a votar por el sistema de la circunscripción, porque en mi entender es aquel que por sus efectos más se aproxima a la representación de las minorías.

Nada más. (*Aplausos en la barra.*)

Sr. Agote—Entonces, señor presidente, tiene mayoría ese sistema, y debe votarse, de acuerdo con el reglamento.

Sr. Molina (E.)—Quiero hacer constar mi voto en contra de la reforma del sistema electoral, porque en mi concepto ella no encuadra dentro de los preceptos de la Constitución.

Sr. Luro (S.)—Pido la palabra.

Para hacer constar también mi voto en contra de toda reforma. He votado en general en contra y quiero hacerlo constar así.

Sr. Presidente—Quedará constancia.

Sr. Lacasa—Que se vote el artículo propuesto por la comisión.

Sr. Presidente—El señor diputado Roca observa la manera de votar, sosteniendo que debe votarse cada uno de los sistemas sucesivamente. La presidencia no tiene inconveniente...

Varios señores diputados—En el orden en que han sido informados.

Sr. Presidente—Se va a votar en el orden en que han sido informados. Se comenzará por la lista incompleta y se tomará nominalmente la votación.

Sr. Avellaneda—Pido que la secretaría lea el artículo que contiene el sistema.

Sr. Llobet—Si se ha resuelto votar nominalmente ¿por qué no se pide a cada diputado que manifieste, al dar su voto, el sistema de su simpatía?

Sr. Roca—Si me permite, señor diputado... Por esta sencilla razón.

Varios señores diputados—Que no es reglamentario.

Sr. Roca—Porque aquí se necesita la mayoría absoluta, y la mayoría absoluta no está expresada cuando se dispersan las opiniones.

Pongo un caso: hay sesenta diputados: 29 se declaran por el sistema de la mayoría, y los diputados restantes se dividen en otras dos opiniones. Aceptándose su criterio, quedaría imperante el sistema de la minoría, lo que sería inconstitucional.

Varios señores diputados—Repetiremos la votación.

Sr. Cárcano—Hay un artículo del reglamento que rige el caso, y es el que establece que en toda votación nominal cada diputado se expresará por sí ó por no. Además, hay otro que da primacía para votar al despacho de la comisión.

Sr. Lacasa—Pero aquí no hay mayoría.

El despacho de la comisión se ha presentado sin ese artículo. Posteriormente lo hizo entrar el señor diputado Fonrouge, a fin de que se votara especialmente la lista incompleta.

Las otras ideas, parcialmente fundadas, no significan nada.

Que se vote primero la lista incompleta.

Sr. Estrada—La mayoría de la comisión había despachado favorablemente la circunscripción.

Sr. Presidente—Permítanme, señores diputados.

Las votaciones nominales deben hacerse por sí ó por no, de acuerdo con el reglamento. En segundo lugar, los proyectos de sistemas deben ser votados en el orden en que han sido fundados: lista incompleta, completa y circunscripción.

En este orden se va a proceder a la votación.

Sr. Ferrer—La lista incompleta no está a votación; lo que debe votarse es la reforma.

Varios señores diputados—¡Ya está votada!

Sr. Anchorena—Que se vote otra vez.

Sr. González Bonorino—La cámara ha prestado asentimiento á la proposición para votar que ha hecho el señor presidente.

Sr. Presidente—Se va á proceder á tomar la votación nominal.

—Así se procede, y al dar su voto dice el

Sr. Vega—Voto por la negativa, porque este sistema conspira contra la paz del país.

—Votan por la afirmativa los señores diputados Olmedo, Cárcano, Anchorena, Lezica, Pinedo, Estrada, Molina (M.), Iturbe, Zambrano, Peña, Peña, Padilla (E. E.), Méndez Casariego, Parera (F.), Mugica, Vocos Giménez, Lasaga, Bréard, Beltrán, Revilla, Galigniana Segura,

Day, Ayarragaray, Meyer Pellegrini, Lubari, Loza, Olivera (B.), Ruiz Moreno, Etcheverry, Goenaga, Fraga, Moreno, Rodríguez Jurado, García González, Alvarez (A.), Arias, Castañeda Vega, de la Vega, del Barco, López Mañán, Parera (R.), Pérez Virasoro, Vernazza, Escobar, Calderón, Alvarez (J. M.), Bouquet, Guevara, Moyano (F.)

—Votan por la negativa los señores diputados Varela, Roca, Calvo, Vega, Lacasa, Costa, García Vieyra, Crouzeilles, Hernández, Avellaneda, Luro (S.), Agote, González Bonorino, Pera, Echagüe, Oliver, Paz (A.), Carlés (C.), Ferrer, Conforti, Moyano (R.), Lavié, García, Luro (P. O.), Molina (E.), Iriando, Llobét, Sosa Carreras, Cernadas, Montes de Oca, Cordero, Carlés (M.).

Sr. Secretario Supeña—Resultan 49 votos por la afirmativa y 32 votos por la negativa.

Sr. Presidente—Se levanta la sesión.

—Así se hace, siendo las 7.30 p. m.